2ª SECCION

DEMOCRACIA

DIARIO DE LA TARDE

TELEFONOS:
Dirección . . . 0052
Redacción . . . 0053
Administ. . . . 23116
ENTRE RIOS 859-863

PORTE PAGO

Director: José Guillermo Bertotto | ROSARIO, MARTES 20 DE SEPTIEMBRE DE 1927. | AÑO II — No. 565

GARIBALDI ES UN SIMBOLO: LA LIBERTAD

Siempre grande, dijo Belisario Roldan, y agregó: su figura no fué labrada por la fuerza de lo adventicio ni por el azar ni por la fortuna

Señores:

"E squassa l'aspre chioma della fortuna in [pugno
E fa d'ogni uomo una virtú
una virtú d'ardore ch'ei conduce
col suo sorriso terribile nell'ultimo impeto
al cuor d'un astro. E l'armatura
della sua possa e il suo sorriso; e ovunque
risplenda, quivi é il prodigio; e nessuno
lo vede senza vedere un dio nel suo
cielo; é beato colui, quasi fanciullo,
che primamente lo vide nella luce
e tra le spiche ucciso cade giú"...

. . . .

Así, en versos de ritmo misterioso y hondo, de cuyo seno parece alzarse a veces la gravedad profética del Dante, presenta vuestro Gabriel D'Annunzio la figura del héroe, entre el silencio de la "notte di Caprera" cantada por este "altísimo poeta" en hemistiquios regios cuya "dolcezza ancor dentro mi suona".

Canto el suyo soberbio y fraternal, como que no es, en suma, sino el homenaje de un lírico a otro lírico. Era, en efecto un soñador el hombre extraño cuyo recuerdo flota sobre las palpitaciones de esta sala, evocada por todas las almas y proclamado por todas las conciencias.

Un soñador; y volviendo los ojos hacia su madre patria veréis cómo si "el solitario de Caprera" es una gloria común de la Humanidad, su advenimiento a la tierra es gloria exclusiva de Italia, de cuyo solo seno pudo brotar y brotó, con la misteriosa espontaneidad de un fruto.

Es la vuestra la patria del arte y de la guerra. Cuando no por el impulso de sus ejércitos, Italia ha dominado por la fulguración de sus genios...: Y bien; estas dos tendencias diversas, — la artística y la guerrera — convergieron un día y de aquel peregrino connubio surgió esta creación desconocida: un poeta de la guerra; una espada sometida al mandato de un ensueño; una alma de niño dentro de una envoltura de atleta; el corazón de Fóscolo, palpitando bajo la armadura de César: Garibaldi!

Garibaldi, — a cuya cuna diríase que acudieron el hada de los sueños y el genio de la guerra; y el hada le dijo: sueña!; y el genio le dijo: lucha! ¡Y he aquí, señores, que vivió soñando y luchando!

Era un soñador. Sus grandes ojos infantiles no podían presenciar el triunfo del oprobio sin que todo su ser vibrara en la necesidad de la acción, porque cuando en el dualismo admirable de su temperamento lloraba Fóscolo, César desnudaba el acero...

Un Poeta. El cuadro que entrevieron sus miradas de vidente, es el que todavía vislumbramos apenas en horas de ensueño, perdido entre las brumas de una mañana cada vez más lejano...; el mundo sin oprimidos ni opresores; el mundo sin sombras y sin manchas, sin déspotas, ni esclavos, ni yugos, ni cadenas, ni dogales, — el mundo que soñara Jesús, la más buena de las criaturas que haya posado su planta sobre el haz miserable de la tierra...

Tal soñaba; y héroe de su propio sueño, peregrinó por doquiera envuelto en la púrpura de su ideal infinito, como un presagio de que alguna vez la libertad estará en todas partes y nos cubrirá a todos, a la manera del Sol, que lo mismo quiebra sus rayas sobre la corona de Nicolás II como va a cernirse sobre la desolación heroica de Polonia.

He aquí que por la historia han cruzado muchos héroes. El tiempo ha pasado sobre ellos, y muy pocos son los que llegan hasta nosotros como involucrados dentro del concepto de una gran palabra; muy pocos los que podrían señalarse hoy como encarnaciones de un símbolo augusto... Y bien; Garibaldi es un símbolo: la libertad. No es posible pronunciar estas tres sílabas en cuyo nombre se han llenado tantas y tantas páginas del libro de la vida, sin que el espíritu evoque instintivamente el recuerdo del héroe de la camiseta roja. Mucha sangre ha regado el camino todavía incierto de la montaña; muchos martirios han florecido y muchos florecerán todavía en la prosecución del gran ideal; pero nadie la encarna más enérgicamente que aquel poeta de la espada, que buscó enemigos entre los fuertes y se forjó hermanos entre los débiles; nadie como aquel hombre extraordinario que era a la vez tierno e implacable, a la vez sueño y acción, a la vez angélico y formidable. ¡Oh! Muchas estátuas que se alzan hoy sobre sus pedestales sentirán algún día los efectos del tiempo que pasa, escrutándolo todo, depurándolo todo, derribando falsas glorias y respetando solamente la médula pura, el oro sin liga que resiste al avance de los siglos; muchas estátuas temblarán entonces, porque así como la muerte devora en la noche de la tumba a la envoltura miserable, así también el tiempo hinca su diente en el bronce sonoro de la gloria. Muchas estátuas tamblarán entonces; y no es temerario afirmar que las que pereptúan la figura iluminadora del gran italiano, permanecerán de pie, inmunes a la autopsia inevitable y espontánea de los años, grandes con la grandeza inatacable de lo eterno...

Es que él era él. Suponedlo — y a fe que muy pocos resistirían a la crueldad de esta prueba — suponedlo actuando en cualquiera otra hora de la historia, y veréis cómo su figura ni palidece ni se deprime... La Roma Cesárea habría necesitado sacrificar al héroe para ahogar la rebelión; la Grecia de lord Byron habría visto brillar su espada civilizadora como vió más tarde la de su hijo, y el gran poeta inglés habría tenido ocasión de cantar las hazañas del gran capitán italiano; Polonia habría vuelto hacia él la mirada inquieta; Irlanda misma lo saludaría con el saludo de la esperanza y las obscuridades de la manigua cubana se habrían iluminado muchas veces con la presencia del errante guerrillero... Si aún viviera, fuerte de corazón y de brazo, la hora del descanso no habría sonado ni para el corazón ni para el brazo; su caballo de guerra galoparía bajo el sol ardiente de Sud Africa y su poncho legendario sería el blanco preferido... Si aún viviera, sobre el rojo palpitante de su camiseta se habría posado ya la cabeza venerable y blanquísima de Krüger, en el brazo de todas las gratitudes y todas las solidaridades...

Es que era realmente grande. Y en vano buscaréis en su vida sin ocios uno solo de esos desfallecimientos que se advierte en las glorias más puras. Fué grande siempre grande en la audacia de Marsala y en el prólogo admirable de Volturno; grande en el heroísmo de Catalafini y en Varese y en Bezzeca y en Villa Gloria y en Porta Pía; grande entre las sombras de Aspromonte y de Mentana, y grande por fin cuando iluminada su frente por los resplandores de extranjera gloria, penetraba al parlamento de Francia por la puerta victoriosa de Dijón y escuchaba de labios de Víctor Hugo y de Luis Blanc la defensa de su diploma de diputado electo por Argelia. Siempre grande; y su figura no fué labrada por la fuerza de lo adventicio ni por el azar ni por la fortuna, — una ciega impertinente que suele complacerse en improvisar deleznables pedestales. Su grandeza estaba ya en su alma antes de emerger al exterior; y en toda su alta tarea está visible la fuerza inicial de la propia iniciativa. Y por eso, porque era superior a su hora ambiente, sintió que el límite de su tierra era demasiado estrecho; que sus fronteras se borraban; que sus barreras desaparecían; y un día, jinete en su caballo de guerra, echada hacia atrás la hermosa cabeza dominante, hundida la mirada en no sé qué ultrahorizontes, soñó con el mundo libre y ensoñó a su Pegaso de combate que de entonces en más el camino de su patria era el camino de todas las tierras oprimidas...

¡Y qué bien está el homenaje en labios argentinos! Porque un día — y confieso señores, que anhelaba llegar a este recuerdo — un día este hombre nacido en la tierra del cielo azul y blanco, tuvo la visión de que lejos de allí, tras de los mares, una joven bandera azul y blanca gemía bajo la garra de la opresión; y he aquí que más tarde un punto rojo se destacaba en el Plata... Era él, era el libertador, era el héroe, era el Poeta que venía a soñar, espada en mano, bajo el cielo magnífico de América. Y soñó, y luchó, y ofreció su sangre al holocausto, y presentó su pecho al plomo enemigo; y acaso en la hora de la acción, en el delirio de la pelea, en el vértigo de la lucha, bajo la fiebre del choque sangriento, imaginaba ver en la muralla atacada, un trasunto indefinible de la futura Porta Pía, destinada a abrirse ante su espada como una Bastilla ante el Pueblo...

Fué allí, en la ciudadela indomable que mereció ser llamada la Nueva Troya, donde nuestros padres vieron resplandecer aquella terrible sonrisa de que nos habla el poeta; fué allí, donde se forjó el primer eslabón de la cadena moral que había de vincular a argentinos e italianos en un abrazo mil cvees indisoluble.

Allí nació ese abrazo; y la estatua del héroe, que se alzará en tierra argentina donde ya se levanta la de Giuseppe Mazzini, su hermano en la patria y en la gloria, tendrá un significado más conceptuoso que la sola glorificación del guerrero: será el testimonio mudo y permanente de nuestro amor a esa admirable Italia, cuyos hijos pueden ver en la nuestra una prolongación lejana de su propia patria, porque su espíritu flota en nuestra atmósfera, porque su alma se ha diluído en nuestra alma y porque es de la fusión de su sangre con la nuestra de donde surgirá la raza definitiva destinada a encaminar a sus grandes rumbos a la primer república de América.

Eso simbolizará la estatua del héroe, que no solamente su espada sino también su alta y firme concepción republicana trajo a estas playas, a las que llegara el rubio extranjero, hermoso como Lohengrin,



ITALIA, LA BELLA, ES LA ETERNA MADRE DEL ARTE

en horas de patriótica tribulación...

He nombrado a Mazzini... Cuando para dolor de Italia, este gran hombre desapareció del mundo de los vivos, el general de Caprera ordenó con "gloriosa brevedad" que sobre su tumba sventolasse la bandiera dei mille... Y Carducci, evocando este recuerdo sobre el sepulcro recién abierto de Garibaldi, se preguntaba melancólicamente que cuáles banderas deberían cubrirlo sin herir ajenas susceptibilidades... Los años darán la respuesta al poeta; y cuando llegue el día, — no lo dudéis: llegará ese día — cuando llegue el día luminoso en que sean una realidad los ideales de hoy; cuando no haya en el mundo ni oprimidos ni opresores; cuando no sea menester presentar credenciales de sangre para llegar al festín de las soberanías; cuando allá en lo más hondo del total corazón del Universo palpite una inmensa vibración de justicia; cuando el astro libertad brille para todas las razas y para todos los pueblos, — entonces, señores, sobre la tumba de este precursor heroico tremolarán confundidas las banderas de todos los libertados de la tierra...

Belisario ROLDAN.

SELECCION DE LECTURAS

Sería ventajoso pasar por este planeta lo más tarde posible. Descartes se sentiría transportado de gozo si pudiera leer un mezquino tratado de Física o de Cosmografía escrito en la actualidad; y el más humilde escolar de nuestros días, conoce verdades por las cuales Arquímedes hubiera sacrificado su vida. ¿Qué no daríamos porque no fuera posible echar una mirada furtiva, sobre algún libro que habrá de servir de aquí cien años en las escuelas primarias!

Ernesto RENAN

Nos cuesta trabajo creer que en un mundo tan leno de tentaciones como este, un hombre que hubiera sido virtuoso sino hubiese leído a Aristófanes y a Marcial, se haga vicioso por haberlo leído. El que expuesto a todas las influencias de un medio social como el nuestro, teme exponerse a las influencias de algunos versos, se asemeja mucho al reo que pidiese permiso al Sheriff para cubrirse con un paraguas en el trayecto hasta la horca porque el día estuviera lluvioso y temiese constiparse.

Lord MACAULAY

Sófocles sucede a Esquilo como el Hombre al Titán; menor en estatura, más perfecto en la forma; diferente, pero en modo alguno superior. Redujo a su medida natural la tragedia griega desmesuradamente agrandada por Esquilo. La acompañó al nuevo ritmo, que en torno suyo lo moderaba todo. Esquilo había sido la excención prodigiosa del genio ático; Sófocles es la regla armoniosa.

Paul de SAINT-VICTOR

Como lo hace notar un ingenioso escritor, la primera condición para el bienestar del individuo es la de ser "un buen animal"; y la primera condición para la prosperidad nacional es que la población se componga de esos "buenos animales". No solamente el resultado de las guerras, depende en parte de la resistencia física de los individuos, si no también el éxito en las luchas del comercio y de la vida diaria.

Herbert SPENCER

VICTOR MANUEL II

Por el intercambio cultural ítalo-argentino

La cultura de los países nuevos ha sido siempre, en su origen, una emanación de las culturas anteriores, de tradición multisecular, y en su desarrollo ulterior, ya con vida propia, generalmente continúa revelando por momentos el reflejo de las otras culturas contemporáneas. No ha de parecer extraño, pues, que en la cultura argentina de hoy, que tiene ya adquiridos caracteres propios que le dan una personalidad definida, aparezca con frecuencia en sus diversas manifestaciones, la influencia de los múltiples factores de la cultura universal, que actúan, unos por razones de origen común, y otros por efecto del interés que han sabido despertar, y todos ellos solicitados, ya sea para buscar el enriquecimiento del patrimonio intelectual, ya sea para establecer un parangón entre las diversas producciones que permita orientarse en el dédalo cada vez más complicado de la moderna evolución intelectual.

Así, los franceses, maestros de la primera hora y siempre preferidos, los españoles, singularmente favorecidos por la identidad del idioma, los italianos, los alemanes, los rusos, en fin, todas las culturas, vinieron poco a poco a agregar su parte de aleación en el bullente crisol en el cual se fundía el precioso metal de nuestra cultura. La influencia intelectual italiana tuvo en este activo movimiento su buena parte, a pesar de haber llegado a nosotros cuando la francesa se había totalmente impuesto ya desde muchos años, y cuando la española, amaparada por la lengua común, iba conquistando a pasos agigantados su anterior influencia, apagados ya definitivamente los enconos suscitados durante la guerra emancipadora. Fué así que Italia, despectivamente considerada como una expresión geográfica, pero una y grande en la potencialidad d sus genios, nos fué enviando esclarecidos representantes, desde Carta y Mosotti, venidos hace hoy cien años para enseñar en la Universidad de Buenos Aires, hasta los más modernos maestros que han ido honrando sucesivamente las cátedras de nuestras Universidades e Institutos.

En este transcurso de tiempo, que comprende épocas anteriores y posteriores a nuestra definitiva organización política, obtenida después de ingratos acontecimientos que la historia recién ahora empieza a dilucidar con una relativa serenidad, la cultura argentina ha ido progresando hasta alcanzar un lugar digno en el concierto universal, satisfaciendo su anhelo de transponer las fronteras de la patria para llegar hasta los países que por razones de edad nos han precedido en las grandes conquistas de la civilización. Francia, España, Alemania, conocieron y honraron a los representantes de nuestra intelectualidad, como aquí habíamos con mucha anterioridad conocido y honrado a los suyos; era justo que Italia, que tan brillante participación había tomado en la fundación de nuestras Universidades, como había contribuído al enriquecimiento del país con el brazo incansable de sus honestos y vigorosos trabajadores, conociera también la producción intelectual de la joven Nación Argentina y pudiera aquilatar el valor que ella representa. Buscóse, pues, establecer un intercambio entre ambos países para llegar a un recíproco conocimiento a la comprobación de los comunes ideales, y a crear así entre los hombres de éste y del otro lado de los mares, vínculos espirituales, firmes e inconmovibles, en beneficio de los mismos pueblos y de la entera humanidad.

Todo se presentaba favorablemente para la feliz iniciativa; por nuestra parte, el ambiente se abría sin reticencias a la penetración de la cultura peninsular cuya influencia se dejaba sentir por doquiera se presentara, quedando de ella rastros indelebles en todas las esferas de la actividad de la humana inteligencia. Pero tal esfuerzo está sólo en su comienzo: algunas nobles tentativas mantenidas por el entusiasmo y la constancia de unos pocos; pero tales tentativas irán languideciendo ante la inexplicable e imperdonable indiferencia de quienes debían ser sus más activos propulsores. Y, sin embargo, si en Italia se reflexionase tan sólo sobre lo que significa el predominio de la influencia cultural en estas verdaderas tierras de promisión, no se dejaría perder tan lastimosamente todo lo que, en este siglo de vida argentina, han sembrado a manos llenas sus hijos ilustres en el campo de las ciencias y de las artes, y sus hijos más humildes pero no menos grandes, en la fértil e inconmensurable extensión de nuestras pampas. Y se encauzaría de una vez la deseada corriente del intercambio intelectual que nosotros — que en este campo vivimos y obramos libres de prejuicios y de egoísmos — acogeríamos con sincera cordialidad y con verdadero entusiasmo. Mientras tanto, esperemos que aquéllos, en cuya mano está el dar impulso a estas iniciativas, sientan la inspiración de su deber y puedan así ofrecernos bien pronto la más hermosa y brillante realidad.

David J. Spinetto

*

LOS LIBROS

MARTINEZ SANTOJA (JOSE): "El problema social" (Guía para estudio). Sucesores de Rivadeneyra, S. A. Artes Grágicas. Madrid, 1927, 337 págs.

Todos los libros que se publiquen sobre la cuestión social nos parecerán pocos, porque en realidad se trata del más hondo, del más trascendental problema que preocupa actualmente a los hombres. No hay manera de determinar con claridad dónde empieza ni dónde acaba la cuestión social. Por eso, cuantos libros se publiquen estudiando la cuestión fragmentariamente o con la intención de hacer un análisis de conjunto, contribuirán a poner al alcance del lector la mayor suma posible de elementos de juicio quiera su posición.

para que pueda orientarse en el conocimiento de cuestiones que le afectan muy directamente, sea cual quiera su posición.

El señor Martínez Santoja, al dar a la publicidad su libro "El problema social", ha contribuído indudablemente a esta obra de divulgación, tanto más interesante cuanto que en los actuales momentos hasta los más indiferentes comienzan a interesarse en nuestro país por estas cuestiones.

El análisis que hace en su libro el señor Martínez Santoia de la situación de la humanidad en los tiempos en que el hombre explotaba al hombre, a la mujer y al niño impunemente, justifica, sin duda, todo el esfuerzo y hasta la violencia a que tuvo que apelar la clase asalariada par librarse de ella. El hecho de que la gran masa haya seguido las doctrinas elaboradas por sus apóstoles, con olvido de las que le ofrecieron en nombre de viejos sistemas económicos, de fracasadas teorías políticas y hasta de ideológicos principios religiosos, también tiene justificación. Cuando las minorías que gobernaban la tierra, y que ejercían una verdadera tiranía, necesitaban acallar las inquietudes de los pueblos, apelaban a los preceptos de la ley de los hombres y a los preceptos de la ley divina. Según unos, no se podía alterar ni la paz ni el orden de los felices con movimientos rebeldes; los que pretendieran cambiar el sistema establecido, extraordinariamente injusto, eran considerados como los más peligrosos delincuentes.

El desamparo en que se encontraban les obligaba a volver los ojos hacia la religión, esperando de ella ayudas y cooperaciones espirituales. Entonces se le ofrecían consuelos para el más allá. Para los explotados, para los escarnecidos, para los hambrientos, para los perseguidos por la justicia, se abría de par en par el reino de los cielos. Cuando León XIII dió su Encíclica "Rerum Novarum", la cosa no tenía remedio; la mayor parte de la humanidad, la más explotada, había abierto cauces a un nueva vida, después de grandes sacrificios, regando con sangre el camino de su redención.

El señor Martínez Santoja, después de examinar todas las teorías económicas sociales y de detenerse, acaso excesivamente, en el análisis del nuevo estado de cosas establecido en Moscou, considera que quizá una fórmula en la que entren como componentes el liberalismo y el liberalismo y el socialismo dará a la sociedad la pauta para organizar la vida futura. Considera, sin embargo demasiado lejos el día en que se consigan convertir en realidad los sueños de hoy. No los considera imposibles, pero sí muy difíciles. La justicia social costará a la Humanidad todavía dolorosos sacrificios.

Ofrece como ejemplo de imperfección el ensayo comunista, y se atreve a calificar de fracasado el socialismo. Etsá tocado el señor Martínes Santoja del terror que el comunismo inspira en los países de Europa principalmente. No conviene olvidar, sin embargo, que los socialistas de todos los países son los primeros en mostrarse disconformes con la actuación de lo hombres de Moscou, y que el ensayo se realizó sobre un pueblo que era el más representativo del sistema antiguo. Entre la tiranía del Zar y de Lenin, el pueblo no tuvo el intervalo necesario para prepararse cultural y espiritualmente a fin de entrar por los cauces de una nueva vida.

De todas suertes, el libro del señor Martínez Santoja nos parece la obra de un hombre de estudio que ha puesto en estas cuestiones todo su talento, su vasta cultura y su mejor intención. Es una aportación valiosa para las que buscan textos para saciar su sed de saber de estas cuestiones.

Rodolfo VIÑAS

*

LA GENEROSIDAD DE MAAN

Maan tomó un día varios prisioneros que fueron condenados a muerte. Uno de los prisioneros, volviéndose hacia él, le dijo:

—¡Que Alá acuerde su bondad al príncipe! No reunáis contra nosotros el hambre, la sed y después la muerte. ¡Por Alá, vuestra generosidad es superior a todo eso!

Maan ordenó entonces que se les trajesen bebidas y alimentos. Los prisioneros comieron y bebieron mientras Maan los observaba, y cuando hubieron concluído, el prisionero gritó:

—¡Oh príncipe! Que Alá os acuerde una larga vida. Eramos vuestros prisioneros y ahora nos hemos convertido en vuestros huéspedes. ¿Y es así cómo tratáis a vuestros huéspedes?

Maan se alegró y dijo:

—Os hago gracia de la vida.

Lo prisioneros respondieron:

—¡Por Alá, oh príncipe, vuestra gracia es más noble que el día de vuestra victoria sobre nosotros.

Maan, encantado, hizo dar a cada uno un traje y un presente despachándolos después.

E. E. A.

*

LA MADRESELVA Y LA ZARZA

Junto a un cercado crecían libremente una madreselva y una zarza. Las dos compañeras hablaban quedamente una tarde de estío, mientras la brisa jugueteaba entre ellas.

—Yo—decía la madreselva — vivo en perfecta angustia. Con pretexto de llevarse mis blancas y olorosas flores para hacer guirnaldas y coronas, las jóvenes destrozan mis ramas y estoy cubierta de heridas.

—¿Y te quejas? — repuso la zarza. — Feliz tú porque tienes quien se acerca a tí. Yo estoy aislada, mis espinas, causan espanto... ¿Qué me importa mi lozanía, si nadie me ama?

Pero la madreselva insistió:

—No quiero soportar este dolor, deja que mezcle mis ramas a las tuyas y así no me desgarrarán.

La zarza bondadosa, accedió y la madreselva enroscó sus ramas floridas entre la planta espinosa y protectora.

—¡Qué bien estoy aquí! — exclamó. — Nunca he sido tan feliz.

Pasaron los días. Más de una joven se llegó al cerco para arrancar las ramas en flor de la madreselva, pero al verla enredada en la zarza se alejaba vivamente.

Pronto nadie se acercó por aquel rincón del bosque y la madreselva antaño honraran la frente de la des antaño onraran la frente de la desposada, amarillentas, sin perfume.

Y un día empezó a desprender suavemente sus ramas de la zarza..

—¡Cómo! — dijo ésta. — ¡Me abandonas?

—Sí — repuso la madreselva; — quiero cubrir el cerco con mis flores.

—¡Pero tendrás nuevas heridas!... Las jóvenes volverán a destrozarte.

—No importa — suspiró la madreselva. — La soledad me abruma. Que se acerquen a mí, aunque sea para hacerme sufrir...

Mihail ANGANESCU.

*

CIELO Y MAR

Mientras tu vida
Ríe de sol,
Mi vida grave
Llora de amor,
Con un murmullo
De caracol.

Tu alma difunde
Su claro azul,
Mientras, profunda
Mi juventud,
En duras perlas
Cuaja su luz...

Mi azul marino,
Tu azul astral...
¡Las golondrinas
Vienen ya van,
Bajo tu cielo
Sobre mi mar!

Andrés CHABRILLON.

La vida de Darío en Chile

En "El Mercurio" de Santiago de Chile, un publicista escribe un largo artículo con interesantes detalles sobre la vida de Rubén Darío en esa ciudad. He aquí algunos de sus párrafos que informan sobre cosas generalmente desconocidas, del genial cantor de las "Prosas Profanas":

Ingresó Rubén, "ipso facto", a la redacción de "La Epoca", siendo desde entonces el compañero mimado de los muchachos de aquellos tiempos: los Luis Orrego Luco, Galo y Alfredo Irazzábal, Jorge y Roberto Huneeus, Manuel Rodríguez Mendoza, Samuel Ossa Borne y otros; y sobre todo de aquel inolvidable Pedrito Balmaceda, de cerebro de oro y alma angelical, quien por entonces daba a luz sus exquisitas primicias con el seudónimo de A. de Gilbert.

Allí, entre artículo y artículo de crónica, y alternados con un hecho de policía, o un "entrefilet" anecdótico, fué agrupando Rubén.

> ..."descocado, antimetódico,
> en el márgen de un periódico
> o en un trozo de papel",

aquellas sus originales y hermosas estancias sueltas que luego publicó en un tomo con el título de "Abrojos".

Al cabo de algún tiempo sintió Rubén la monotonía del oficio y me insinuó un cambio de escenario.

Por entonces aquel filántropo millonario y culto que se llamó Federico Varela, fundó un certámen, instituyendo varios premios: uno de mil pesos al mejor poema épico, otro a la mejor novela, etc.

Ya ejercía yo una especie de tuición fraterna sobre aquel mancebo genial. Le insinué, ante todo, la necesidad imprescindible de conquistarse el premio por la composición en verso, y algún otro, si fuera posible.

Su bellísimo "Canto a las Glorias de Chile" obtuvo, efectivamente, el primer premio. El segundo fué discernido al inspirado poeta Pedro Nólasco Préndez.

En cuanto a la novela, que no era por entonces el fuerte de Rubén, le infundí yo ánimo colaborando con él en una nuestra, "Emelina", que escribimos, él "entre penas y agravios", y yo, entre pilas, bobinas y alambres... en el angustiado plazo de diez días... Así salió ella... Pero, en fin, obtuvo una mención honrosa; y mi consejo me valió el ligar mi modesto nombre literario al ya notorio de Rubén Darío.

Como en el caso de Nicaragua, los mil pesos del certámen sirvieron para que Rubén se trasladase a Valparaíso; y después de verlos esfumarse, merced a sus rumbos de gran señor, reconoció nuevamente filas en el periodismo. Ingresó a "El Heraldo" de ese puerto, diario perteneciente a don Federico Varela, y permaneció allí por algún tiempo, y colaborando en "La Libertad Electoral" de Santiago y a la vez en alguna otra publicación literaria. A la sazón, llamaban la atención sus cuentos, muchos ellos de tésis, algunos románticos, otros parabólicos, filosóficos o sociológicos: casi todas, ¡ay! hondamente vividos!...

Pero Rubén era un espíritu inquieto e independiente. Odiaba el orden, las reglamentaciones y las horas fijas. Cosa admirable, — y sólo concebible a causa de ciertas afinidades mentales y morales, que se sobreponen a todo otro proceso psíquico de orden más relativo: — yo era un laborioso incansable, metódico y sistemático, es decir, la antítesis de Rubén; y sin embargo nunca se han comprendido mejor dos almas...

Por entonces Rubén vivía en mi casa; y recuerdo cómo, después de haber abandonado sus obligaciones fijas en "El Heraldo" y sus compromisos de artículos o revistas semanales (que en muchas ocasiones se las escribí yo, para que él no perdiese el destino), logramos con Pedrito Balmaceda conseguirle un empleo en la aduana de Valparaíso.

Su título era el de "guarda-inspector de carga"... Imagínese un poeta como Rubén, entre fardos, barriles y cajones, tomando prosáicos apuntes y alternando con funcionarios de aduana, capataces y jornaleros. Lo usual era que, sin percatarse de sus nuevas obligaciones, sentado sobre un cajón, lápiz en mano y al dorso de una torna-guía o de una póliza de embarque, borronease algún cuento trascendental, o alguna cristalina poesía. Y lo difícil para mi era despertarlo por las mañanas, para que llegase con puntualidad a su empleo, después de haberse llevado casi toda la noche devorando en el lecho y mascullando en alta voz, — sin curarse de mi bien ganado sueño — alguna novela de Flaubert, de Goncourt, o de Zola; o entregado al delectante estudio de sus maestros favoritos: Hugo, Verlaine, Poe Walt Whitman, etc.

Era una sinecura el tal empleo (porque contábamos para Rubén, con la tolerancia del Gobierno y las simpatías del Gran Presidente); pero, así y todo, el poeta se fastidió al poco tiempo, ¡naturalmente!

Como recuerdo de esa etapa de su vida, nos dejó, entre otros, su famoso cuento "El Fardo".

FORTALECER O RENOVAR VINCULOS

Bella y digna es esta obra casi símbolo de la amistad que hay entre Argentinos e Italianos, y me hace prever una siempre más íntima unión espiritual y un más profundo conocimiento recíproco entre los dos pueblos.

Mucho deben ya los Argentinos a los Italianos y, como ellos tuvieron siempre el buen sentido y la honestidad de reconocer sea el valor de la cultura italiana en el mundo, sea lo que de ella han podido sacar, así los Italianos no tuvieron nunca la debilidad o la impertinencia de darse el tono de preceptores, o el más gusto de vanagloriarse que todo o casi todo, los Argentinos lo hayan aprendido de ellos. Y éstos, que también con frecuencia son por otros adulados, son demasiado prudentes para no distinguir los falsos de los verdaderos amigos.

Pero — repito — yo quisiera y lo espero, que el conocimiento recíproco se haga cada vez mayor, y especialmente ahora que el desarrollo moral e intelectual italiano va avanzando a siempre más altas cumbres y que la República Argentina se ha encaminado y procede con tanto honor sobre un camino que podrá llevarla muy lejos.

Yo vi, personalmente, cuán gran de interés hay en la Argentina, (a donde no se confunde el más vivo sentimiento nacional con el estúpido orgullo que queda encerrado en sí mismo), para toda manifestación italiana, para las ideas que en Italia más valen, por el saber que se acumula en las obras de ciencia y de filosofía, por la genialidad que se afirma en las obras de literatura y de arte; pero me parece que en Italia, mientras tan numerosos y bien aceptados son nuestros connacionales en la Argentina, muy poco se conoce aún del sentimiento y del espíritu que dominan en esta tierra lejana. Por todo esto—me agrada una vez más afirmarlos aquí — aplaudo toda manifestación que mejor sirva para fortalecer o renovar vínculos entre las dos naciones, y estoy bien contento, o para decirlo mejor, estoy orgulloso de haber podido constatar yo mismo, cómo en los últimos años haya habido un tan eficaz cabio intelectual entre los dos países y de poder aquí, públicamente, augurar que alimentado por recíprocos ideales y por la segura fe en los renovados y firmes destinos de los pueblos que tienen afinidad de sangre y de cultura pueda esto tornarse siempre más provechoso.

A. ejandro LUSTIG

LAS JERARQUIAS ARTIFICIALES

Los empleos, las dignidades y pensiones apetecibles han debido ser aumentados por la imposibilidad de despojar de sus títulos a los hijos de los antiguos nobles. Establecida la jerarquía en ramos de la administración, millones de oficiales y jefes del ejército, de policía, de servicio sanitario, de justicia, de correo, de aduana, de enseñanza, cobran por no hacer nada o por hacer lo que un inferior, sueldo mucho mayor que éste. Los latifundios divididos producen millones de propietarios ociosos, nuevos. Del privilegio profesional surgen legiones de abogados, médicos, arquitectos, con honorarios enormemente superiores a sus esfuerzos.

Los que registran patentes de invención, propiedad intelectual o marca se enriquecen, como los que antes recibían de regalo monopolios de caza o pesca.

Los organizadores de sociedades lucrativas se hacen magnates, como los jefes de estado. La simple patente da derecho a excluir al que no la tiene, y la tarifa aduanera, estableciendo o suprimiendo competencias, enriquece clases industriales.

Para los pocos afortunados, el gobierno no conserva su organización fraudulenta que permite crear empleos, a las legislaturas hacer leyes negocios y a los jueces a ayudar a las bandas de curiales en el destrozo y distribución de los bienes de los incapaces.

Aun así es imposible satisfacer a los aspirantes que aumentan con los hijos de los obreros que antes vivían de lo que se les quería pagar. Se establece competencia por las situaciones mejor retribuídas, lo que produce la guerra económica, de hombre a hombre, de localidad a localidad y de nación a nación.

El precio de las cosas y los servicios se altera artificialmente y sube y baja según las contingencias de la lucha. La vida ordinaria parece por esto una ampliación de la vida anormal de los salones de juego. Casi todos ansían; casi nadie se declara satisfecho; y la mayoría decepcionada maldice.

Serafín ALVAREZ

PENSAMIENTO SOBRE LA GUERRA

La guerra parece ser sólo destrucción de bienes; pero ella afina también y acelera, el proceso de reconstitución de los bienes mismos. Es, o parece ser, desenfreno de pasiones, y es también, una admirable escuela de disciplina y de orden. Parece que anula la personalidad de los combatientes, y sin embargo la exalta y la fortifica; y nos da la medida justa del valor completo de cada hombre; y hace de cada uno de ellos, singularmente considerado, un artífice de la victoria o de la derrota. Cava un abismo entre pueblo y pueblo, hombre y hombre, pero crea, también, un vínculo más fuerte entre conciudadanos y compañeros de arma; es decir, forja en las naciones un más sólido instrumento de civilización. A través de la guerra, la gente más lejana se aproxima, cimentan sus fuerzas una frente a otra, se conocen, se igualan, inician e intensifican su colaboración. Ella acelera aquel coordinarse de las humanas actividades, en lo cual consiste el civilizarse del mundo.

La intensificación de las relaciones ítalo-argentinas, representa justamente un fruto de la gran guerra y tendrá, indudablemente, gran desarrollo por la comunidad de civilización y de intereses, vivificada por la Victoria.

E. CAVIGLIA.

AGUAS FUERTES DEL ZOO

ENTRAÑAS DE ESPOSA

En el dintel de un alto portal y en los senos de los ángulos de un friso griego hay unas manchas como de nieve, semejantes a obleas blancas y abultadas como "cachets" de botica. Son huevos de araña y son el fruto de un crimen pasional.

Ella, peluda, grande, perdió en la denominación vulgar hasta su carácter de feminidad, y la llaman Araña-Pollo. Entre un viejo rosal inmediato y una cina-cina de fuste, tendió un día su red geométrica y rala, no para trampa de presas, sino para servicio telefónico que le haga conocer bien el ambiente y saber cuándo desde su escondite, al anochecer, tendiendo fina escalera de seda se descolgará de las trabazones de la casa el príncipe "charmant", siempre invisible y tan deseado. Y el joven príncipe, una pobre cosita enclenque y barbilampiña, tiene en su instinto de tendencias que luchan: una, la de la romántica, que le dice que, al fin, en una noche de luna y sin rocío debe encontrarse con una gran princesa: la otra, un cierto presentimiento vago y funesto que le hace temer ese encuentro como fatal.

La suave brisa nocturna con el leve chocar de un hilo casi invisible, pone un momento en contacto la red de la magnífica señora con el péndulo columpio del acróbata diminuto.

—Ahí pasa, — dice ella, — y corre deseosa al encuentro. — Ahí viene, dice él, — y tímido como una virgen, recoge su escala y se refugia en su ignota "garconniere".

"Poi piú che il timore poté l'amore": la luna ya grande en el ocaso, proyecta su luz mortecina sobre esos puentes de plata. El baja lentamente: el destino inexorable lo conduce fatalmente al encuentro. La presentación está hecha y ¡ay! los dosamores se han refundido en uno: la Araña-Pollo, más gruesa, está sola: se ha comido al marido. ¡Horrendo crimen pasional ejecutado rápida y ciegamente sobre un puente de plaza y cuyos detalles se perdieron, pues la luna se ha puesto ya.

Sin embargo, no se conocen casos de araños que hayan quedado solteros.

Clemente ONELLI.

IDEAS

No se trata de saber de donde viene el mal, sino de saber como ha de combatirse, como ha de aplicarse el amor.

Del mal no puede surgir más que el mal, y para el filósofo la guerra no será nunca una condición necesaria de la paz. La guerra no es más que una manifestación de la locura homicida de los hombres.

El fruto de la actividad del espíritu, es la verdad; el resultado de la actividad del amor es el bien.

León TOLSTOI.

Una lectura de versos de Emilia Bertolé

Desde luego, Emilia Bertolé no pretende ser una innovadora con su libro de versos, próximo a aparecer.

Dice su canción con un poco de timidez, como si aun no estuviese convencida de que posee, como cualquiera, derecho a entonar su voz en versos.

Y esta humildad obliga.

Para su verso ha elegido una forma que, si no es de última moda, representa el figurín de la estación próximo pasada, modelo que, bien llevado, puede pasearse aun sin temores al aspecto ridículo y a la malevolencia del feliz mortal que acaba de salir de la sastrería literaria con un trajecito flamante.

Unas cuarenta composiciones reune el libro de nuestra ya admirada Emilia y se lo lee con un suspiro de alivio por la extrema sencillez de sus líneas.

Digamos desde ahora que se respira en sus páginas un tenue, fino olor a fémina, moderna en la inquietud, antigua en la coquetería, de impulso contenido, imaginación castigada y depurados gustos.

En sus versos mejores, que acaso sean los de carácter objetivo con un toque de incursión a lo subjetivo que los cierra y realza, aparece evidentemente, el ojo de la pintora y su muñeca delicada que prefiere el matiz, el velo, el subtono, el esfumino a la línea violenta y única.

Cierta claridad de luna enfermiza vela sus paisajes verbales, de los que, su lente catador, recoge con preferencia los aspectos estáticos.

No falta aquí y allá, entre la niebla del ambiente, la mancha salida del pomo negro, que, dominándola, acusa en la mano que lo oprime el calofrío de la tragedia.

"Luna roja", una de las composiciones que más me han impresionado del futuro volumen, es una mancha en rojo y negro—niebla de sangre y trazos al carbón—en la que los elementos preparatorios concurren todos a estremecernos en el hallazgo final, absolutamente armónico y podríamos decir que imprescindible:

LUNA ROJA

Roja la luna se alza
tras los paraísos negros.
Fosforece inquietante
en vasto misterio
de la noche.
Da miedo.
Mirándola, me detengo estremecida
en el sendero.

Un pájaro, chillando,
ha cruzado agorero:
he sentido en la nuca
el golpe de aire de sus remos negros

Decoración fantástica,
en la que mi imaginación siempre en acecho,
espera ver colgado de aquel árbol,
siniestro,
el cuerpo de un ahorcado,
danzando suavemente al son del viento.

Composiciones de esta naturaleza, difíciles por sencillez, no son abundantes. El mismo autor necesita dejarse vivir mucho tiempo para volverlas a obtener, y en lenguaje español las poesías hechas con el plateado hilo de la araña, pretexto solamente para que allí se suspenda un diamante de pura agua escasean a tal punto que si quisiéramos reunir cien poesías levantadas a puro e inasible temblor de pecho, nos veríamos obligados a agotar la selección en lo producción de todos los tiempos.

Dejamos con esto dicho que cuando nuestra elogiada pinta con la pluma logra sus mejores efectos.

Ofrece, así, varios retratos de mujeres. ¿Mujeres? No... Una arquitectura de velos, indispensables para trasparentar el fluido vital que les mantiene adheridos los brazos a la caja del cuerpo, los ojos en las cuencas, la boca a mitad de camino de la cara.

Figuras vistas a través de una hoja de mica cerúlea, cuyos contornos irradiantes son un poco más luminosos que la masa gaseosa que los contiene, y en cuyas almas, Emilia suele denunciar, como contraste a la arquitectura sostenedora, la presencia verdinegra del espíritu del mal.



EMILIA BERTOLE

RETRATO

Hecha de sol parece
de tan rubia y tan clara,
Las sombras en su carne incomparable
no se detienen, pasan;
tal esas nubecillas fugitivas
en el cielo del alba.

Enormes las pupilas que se asombran
vagamente doradas.
Y en la boca pequeña y armoniosa
la sonrisa más casta.

Pero la voz de tibio terciopelo
húmeda y apasionada;
la voz que ondula voluptuosa
cuando la dulce criatura habla.
tiene un oscuro acento de pecado,
de perversión extraña,
y es en la rosa abierta de la boca
una lenta serpiente que se arrastra!

Pero no está únicamente en sus versos la pintora. Hay un alma melancólica, disconforme consigo misma, entristecida por una realidad que la lastima, sobre la cual el ala membranosa de la que, según una expresión de sus versos "no se nombra", tiende sus toldos, apagando y mordiendo el sol de sus horas.

No siempre esta presencia de la muerte es objetiva como en "Primara" o "Casas". Con frecuencia es el eco lejano de su aletazo el que ahoga en su garganta joven las primeras notas de lo que debiera ser su canto de verano.

De esta planeada sombra que parece impedir, ahogar el libre movimiento de sus músculos literarios, derivanse estados de quietud, de placidez, de paisaje interior en los que el poeta logra arrancarse al tronco medular de la existencia e irse.

Esta sensación de irse abunda en los versos de Emilia y contribuye a acentuar más, si aun cabe, su matiz de horizonte, cuando, crecido de ramas vaporosas, borra la raya entre cielo y tierra.

No podía tampoco, siendo muy mujer, dejar de reflejar un sentimiento que parece común al sexo: el panteísmo. Convendría averiguar, fuera de aquí, por qué razón casi toda la literatura femenina gira alrededor del instinto, o se expresa por medios primitivos, a través de imágenes pastosas, hechas de greda cálida y limo rico: y acaso no sería difícil observar que el carácter conservador, biológicamente hablando de la mujer, hace que ésta refleje, inconscientemente, en su literautra, las características del género zoológico al que pertenece.

Ser de arraigo, por razones de conservación de la especie, el mundo externo se filtra en ella a través de sus condiciones naturales de género adherido a la tierra, representando el lastre que gradúa y a veces se opone al vuelo intelectual, por momento absolutamente desinteresado del hombre.

¿Expresará, pues, por estas razones, y con más propiedad que el varón, el sentimiento panteísta al que podríamos definir como un misticismo de la materia?

Así Emilia en "Viaje", a cuyo final su cuerpo ha sido como absorbido por el paisaje en una fusión de los elementos físicos y humanos emotivamente expresado, o en "Luna" de tema ya tratado en la literatura femenina, pero que denota bien la consubstanciación de aquel sentimiento.

Decir que hay en este libro exprexiones de coquetería, cabalmente femeninos como en "Sensación", que dice:

He peinado mis largos cabellos;
La luz moribunda se dormía el ellos
Y en la sombra roja de mi cabellera
Eran diez reptiles mis dedos de cera

sería no haber dado una idea completa de estos versos de mujer de ciudad, quebrada un poco por un exceso de sensibiidad que no ha logrado apoyo y defensa en una voluntad férrea.

Esta voluntad huyente en una emotividad enfermiza que tiñe, siquiera ligeramente, a la mayor parte de los seres de nuestro siglo royéndoles, amenguándolos, poniéndoles un dique entre el deseo y su conquista, la concepción y la empresa, el impulso y el salto ha informado varios de sus mejor logrados versos:

CANSANCIO

La ciudad, amigos,
me clavó sus garras;
y así soy ahora
de turbia y de extraña.
Tornáronse crueles
mis pupilas claras
y amarga se hizo
mi boca rosada
que sólo sabía, compasiva y buena,
de dulces palabras.

Ocultan mis manos
bajo el guante tibio de piel perfumada,
las uñas agudas cual finos puñales
como una amenaza.
Y tras la sonrisa,
—sonrisa brillante, perfecta, mundana,—
bosteza el profundo
cansancio de mi alma.

Hemos de agregar también, que aquel sentimiento panteítsa, anteriormente apuntado, no se hace en ella pasión, deseo, carne alterada, sino voluptuosidad, ensueño, contemplación, ida. La actitud siempre encantadora de sus gestos de mujer, discretos y de buen gusto, ha pasado a sus estrofas, y así como físicamente, suele parecernos una cosa irreal, sus versos dan también la sensación de que podrían, por momento, escapar del papel.

No he de mentirle diciéndole que su obra no sea perfectible, sobre todo en la adjetivación ni dejar de señalar cierto tema repetido o la parcial influencia de algún poeta cercano, pero he de hacerle justicia añadiendo que la mayoría de sus versos son tan buenos como los de las mejores que escriben en el país, y que su libro, de una entonación particular, de una emoción nada vulgar, y de gran fineza femenil, la ha de colocar en primer término en cuanto se resuelva a publicarlo.

Alfonsina STORNI

RODÓ

Ariel—Mine would, sir, were Y human
Próspero—And mine shall...
SHAKESPEARE (The Tempest.)

Tuvo Rodó en la casa de su espíritu tres dioses lares a quienes consagró como una ofrenda sus obras: los dioses legendarios que se llamaron Proteo, Próspero y Ariel.

Recibió de Proteo esa íntima potencia de formas donde templábase la virtud de su vida y la elegancia de su arte, vibrando con la elástica flexión del acero.

De Próspero recibió la curiosidad y la simpatía, un dulce amor por las cosas terrenales y el poder de evocarlas, como en el mirador de aquel mago, gentil, al conjuro de la palabra melodiosa.

Ariel, por fin, le dió la necesaria capacidad del ideal, que es vuelo y rumbo; y así bajo el magisterio de aquel espíritu alado, salvó unidad y altura entre lo terreno y múltiple de su vida.

Vuelvo a ver a Rodó como lo viera en su Montevideo natal hace dos años, conversando, una tarde en su casa, otra en mi hotel, o divagando juntos por los rincones de la ciudadela vieja con la curiosidad evocadora de Próspero, o por el parque urbano, bello como los sueños de Ariel, o por la orilla del mar, que inspiró a los antiguos el mito de Proteo modernizado por él en sus alegorías de la conciencia humana.

Hablábamos de su patria y de la mía; del error que las separó; de la necesidad histórica de reconstituir en nuestros pueblos esa unidad esencial que vive aun en los más bellos espíritus del Plata.

Vosotros recordaís las páginas henchidas de cívico amor que en el libro nombrado con el nombre de Próspero, consagra a los poetas argentinos que estuvieron en Montevideo y cuando el sitio grande, o a Guido o a Gutiérrez, y bien sabéis por esa confidencia, que Rodó sentía nuestra patria común como una profunda realidad.

Para quien contemplaba las cosas desde el elevado mirador del mago shakesperiano, nada extraño que viera la realidad espiritual, más allá de las vanas apariencias políticas, y que como Juan Carlos Gómez, Andrés Lamas, Florencio Sánchez y Zorrilla de San Martín, comprendiese que constituímos dos estados, pero que somos una sola nación.

Pero qué extraño que así intuyese la realidad espiritual de nuestra vida en el Plata, si a fuer de buen vidente, comprendió asimismo la realidad espiritual de toda nuestra América, y por encima de sus gobiernos regionales, vió en superiores cielos, el alma azul de todo el continente.

Esa fué la lección de Ariel, mensaje que oyó la juventud americana de todos los países, como oyó las palabras de Sarmiento y Darío, nacidas también para vibrar con resonancias continentales.

Así empezó aquel apostolado de Rodó, cuyas fuentes inspiradoras encontraréis en Platón y en Shakespeare, como lo denuncia hasta el título de sus obras y la preferencia que sintió por los nombres de la mitología helénica y de la nueva mitología que crearon los genios del renacimiento.

Mas a pesar de ser europea su cultura, con qué armonía se fundieron los diversos metales en la nueva y valiosa liga de su espíritu, concertando en él un tipo de partidario que amaba su partido, de ciudadano que amaba su ciudad, de patriota que amaba su patria, de americano que amaba su América, de hombre que amaba su humanidad, de pensador que amaba todas las formas nobles del pensamiento.

Supo ser un filósofo, sin dejar de ser un artista y un hombre de acción. Apasionábase por las reyertas del club y del bando, con el mismo peligroso fervor que ponía en las altas idealidades de la belleza, viniendo a explicarse así mucha de su simpatía por Italia, donde ha concluído su vida, y por el renacimiento italiano, cuyas reminicencias abundan tanto en sus obras.

No fué en tal semejanza caso único en nuestra América, por el contrario ese tipo de penitud humana repítese con frecuencia en nuestras turbulentas repúblicas, y así hemos tenido nosotros, como todos los países hermanos, hombres de militantes pasiones civiles a la vez que de credos platónicos sobre el arte y la filosofía, como algunos artistas de la república florentina.

Lo que presta a Rodó, entre los hombres americanos de su especie, un rasgo personal, es la fusión tan íntima que en su ser alcanzaban esas múltiples pasiones e influencias, sin despintarle la casta, sin romperle la individualidad, sin sacrificar la superior armonía de su vida.

Las necesidades del momento le hicieron ser, alternativamente, periodista, político, profesor, poeta y filósoto; pero fué siempre él mismo, mostrándose capaz de esa múltiple actividad de la inteligencia que constituye en América, más que una imposición del medio embrionario, el galardón heráldico de sus hombres superiores.

La virtud proteica y el ensueño ariélico, diéronle también, con esa fe, esperanza continua de mejoramiento, anhelando la elevación progresiva de su gente al par que su propia elevación espiritual, con aquel optímismo sereno que constituye el rasgo moral de su doctrina.

Su rasbo intelectual, fué la persecución de la palabra bella, del pensamiento elegante, del gesto armonioso; y ahora que el grande y querido amigo ha muerto; queda la parte más generosa de su alma en libros que ya son patrimonio de su tierra, y donde esa alma vibrará todavía por largo tiempo, sutil como el aire que canta, potente como la onda que se mueve...

Ricardo ROJAS.

Sacrilegio de la escultura

Tengo la sospecha de que el hombre sea una imitación de la estatua y no la estatua del hombre.

En el principio los Dioses, después de haber creado el mundo como un jardín para ellos, lo poblaron de estatuas, (como tentamos de hacer ahora nosotros con los nuestros). Dioses menores, o aún en la infancia, (o quizá animales. cuyos rastros y conocimientos se han perdido hace millares de años), se ejercitaron tal vez en imitar esas estatuas por diversión, o por espíritu de mimetismo. Pero no lo han logrado sino imperfectamente, por falta de actitudes, de medios, o de materiales resistentes. Sobre todo no lograron dar a esas falsas estatuas la bella inmovilidad reposada de las estatuas verdaderas.

Estas falsas estatuas no son otra cosa que los nombres, los cuales se mueven: por esto ellos hacen todas las otras cosas que derivan de esta imperfección; piensan, hablan, procrean, cosas que son todas manifestaciones del movimiento.

La mejor demostración de que la vida es un signo de inferioridad de las falsas estatuas con relación a las verdaderas está en el hecho incontestable de que, cuando la falsa estatua, es decir el hombre, se ensaya finalmente en permanecer inmóvil, en poco tiempo se pudre.

O bien, se puede decir desde otro punto de vista, que la falsa estatua se pudre cuando no logra más moverse. Lo que viene siempre a demostrar que la vida no es más que un expediente para dar a la falsa estatua una cierta duración, y nos lleva finalmente por otra vía a la verdad fundamental que hemos expuesto.

Ignoramos si de esta verdad se encuentran rastros en las religiones antiguas. Quizá sería oportuno a este propósito crear una nueva religión que podría llamarse "andriantimorfismo".

El primer acto de esta religión debería ser el de destruir todas las estatuas hechas por los hombres, y que representan un evidente sacrilegio. Es lo que sospecharon ya, por lo demás, los muy sabios mahometanos, pero quizá más por sin razones estéticas que filosóficas.

Mássimo BONTEMPELLI

La fe es la fuerza de la vida. No se puede vivir sin la fe.

Me sorprende siempre estas palabras tan a menudos repetidas: "Sí, eso está bien en teoría pero ¿cómo será en la práctica?" ¡Como si la teoría consistiese sólo en palabras hermosas, necesarias en la conservación, y no para conformar ellas la práctica!... Cuando yo he comprendido una cosa en la cual he reflexionado, entonces no puedo obrar de otra manera que como ha comprendido.

León TOLSTOI.

La danza es un modo de ser

Como la pintura, la escultura, la música y otras artes afines, la danza puede considerare, en el desarrollo de su estética y de su refinamiento, como índice seguro del grado de cultura de un pueblo y del sentimiento predominante de una era.

Sucede, así, que la danza ha sufrido en este último cuarto de siglo, y sufre hoy más que ayer, una profunda transformación no menos intensa que la de las otras artes. En su síntesis, el cambio se compendia en el hecho de que el artista moderno trata de poner el pensamiento como base de su valor creativo, dándole importancia de característica esencial del arte de nuestra época.

Sujeto así, aún en la danza, al sentimiento de su tiempo, el artista no podía servirse de la técnica clásica, que, manifestándose casi exclusivamente en la habilidad exterior de la acrobacia teatral, no podía ya satisfacer su íntima exigencia espiritual, como tampoco la del público.

En su necesidad creadora y expresiva, él encontraba, precisamente, no pocas dificultades en las reglas rigurosas de la escuela acrobática, las cuales, haciendo la danza fría y mecánica, privándola de sentimiento y de vida, lo convertían en pasivo ejecutor de una obra que podría ser parangonada a una bella estatua, perfectamente modelada en pose graciosa y armoniosa, pero absolutamente sin alma y sin expresión.

Estas observaciones no son nada nuevas: ya en 1760, Novére, director de baile en la Opera de París y de la célebre escuela de Stuttgart, escribiendo sus cartas sobre la danza, había comprendido y señalado todo esto.

"Podría decirse — escribe — que tales difíciles ejecuciones, tales complicados movimientos, quitan la palabra a la danza".

Con esto no se puede sostener que la danza debe descuidar la técnica de los pasos. Voltaire dice que ella "es un arte porque está sometida a reglas"; librarlas de ellas sería, no ya desarrollarla y perfeccionarla, sino empobrecerla y matarla. Es necesario, en cambio, que todo sea en ella simplificado, eliminando en ella todo juego acrobático: piruetas, ponettés, entremats, pétés, battues y cosas semejantes, las cuales, por su origen gimnástico, no teniendo ninguna relación con el arte, perturban su esencia artística y sus finalidades expresivas.

Aún hoy hay tenaces opositores a esta transformación indudablemente de perfeccionamiento. Andrés Levinson, crítico de danzas en el gran diario parisién "Comoedia", está entre ellos. Pero basta considerar un poco sus tésis, para convencerse de cuánta ingenuidad hay en ellas. Escribiendo a una bailarina moderna, Levinson observa: "He admirado la óptima bailarina clásica que hay en Usted y que Usted, voluntariamente, desprecia por las caducas ingenuidades del duncanismo. Usted me ofrece el espectáculo de su sensibilidad; excúseme, pero no sé qué hacer de ella. Hay en Usted gestos que son gritos de dolor y de alegría, pero esos mismos gestos me han hecho huir del teatro de prosa. Usted encarna, exteriorizado con inteligencia, el pensamiento musical de los grandes maestros; deténgase ahí... De todo esto no me preocupo. Yo pido a la danza la sola sensación estética".

Pero, no es "por ingenuidad", es decir, por decadencia, sino por una profunda necesidad espiritual y artística, que Isidora Duncan ha liberado la danza de la escuela clásica, tratando de perfeccionar y acentuar la expresión mímica con los movimientos de los brazos y con la actitudes de todo el cuerpo, es decir, con los medios más naturales y con los más ricos de posibilidades expresivas y descriptivas de los sentimientos humanos. Se trata, en suma, de volver al origen de la danza, según la entendieron los griegos y los romanos, para quienes ella era "la sciencia de todos los gestos y de todos los movimientos, y casi sustituían las palabras en la manifestación de las diversas pasiones, desde las más vivas y violentas hasta las más dulces y modestas, hablando al espíritu, interesando el corazón y degocijando los ojos".

Hoy la danza clásica, o de punta, encuentra cada vez menos secuaces y cultores: no existe ya, sino sobre los escenarios, y no es practicada sino por los profesionales, precisamente por las dificultades ejecutivas derivadas de la larga preparación necesaria para los pasos acrobáticos, de los cuales principalmente se compone.

Es necesario, pues, dar de nuevo al público el sentido de la danza, enseñar al pueblo a amarla, comprenderla, sentirla: solamente así se podrá despertar fácilmente en las masas, aquella sensibilidad por la gracia estética que refina el gusto y da gentileza a los modos. La danza moderna se presta admirablemente a esta vulgarización, teniendo como base la simplificación de los pasos, la sinceridad y el propósito de expresión del sentimiento y de las pasiones, abandonando la frialdad geométrica y las complicaciones propias de la escuela clásica. Pero la característica en ella, lo que la hace más comunicativa y conmovedora, es la espontaneidad. En efecto, ella no estudia y no fija nunca gestos y pasos graciosos y agradables a la vista, sino abstractos y sin intención preconcebida, pudiendo así adaptarlos al espíritu de una música; así inventa movimientos y actitudes improvisándolos sobre las sensaciones suscitadas por el pensamiento y la atmósfera musical, según las posibilidades individuales y personales de representarla plásticamente. La bailarina moderna no es ya un títere que sigue movimientos prestablecidos sobre el ritmo mecánico de una música, sino que es la creadora de la expresión práctica de un estado de ánimo provocado en ella por la música o por su propia fantasía. En tal forma la danza alcanza un grado superior, porque si imitar es posible a cualquiera, crear es sólo concedido a los verdaderos artistas.

Jia RUSKAJA

El encanto de los humildes

La mañana

Hasta la cama llega una cinta de sol. Han cantado los pájaros, ha ladrado el mastín. En la cocina, la madre, que se levanta al alba, golpea los carbones para encender el fuego. Se abre un postigo: la luz revienta como una carcajada. El más pequeño llora. Otro salta en la cama y ríe: su risa es como un saludo sonoro al buen día.

el buen día reverbera en los cristales, se acuesta en el suelo, salta por las paredes, juega a las escondidas con amplias claridades y matices dulces y placenteros.

Semeja la mañana un bello rostro risueño. En el patio cloclean las gallinas, sonríen las flores cimbreadas por la brisa, y la abuela blanca en canas y vieja en años de bondad, da de comer al canario que suena estrepitosamente su flauta de cristal.

Luego la madre recorre presurosa el dormitorio; echa al suelo al mayor; consuela al más pequeño; ayuda a vestir a la niña; recoge trapos, abre las puertas, prepara para barrer y, sin saber por qué, canta como cuando era joven y hacía las cosas creyendo que el buen muchacho novio la estaba observando.

No tiene ya secretos la casa para la luz. Hay ratos en que parece que bostezara, otros en que se desperezase, los más que se restregara los ojos y al fin, soñolienta pero fresca y contenta conversara o escuchara la charla torrencial del sol.

Corren ya los chicos por entre las plantas; ríen, saltan, lloran. Sus risas, sus llantos, sus juegos se confunden con el sonoro canto de la madre que trabaja afanosa mientras la abuela bendice con su cachaza y su amor la paz serena de la vida.

Y reina amplia y brillante la mañana.

El pan

Sobre la mesa de comer orean sus panzas relucientes los cuatro panes que el panadero entrega como el producto anticipado de la jornada de labor.

Rubias, brillantes las cortezas atraen los dedos rosados de los chicos que observan glotones, y crujen bajo la presión, y saltan astillas de oro descubriendo la impecable blancura de la miga, carne propicia al diente puntiagudo de la infancia.

Tiene algo de eucarístico el trigo hecho pan. Se antoja hostia bendita con que la madre buena conjura el hambre de sus hijos, en las mañanas cuando a su alrededor se agrupan y piden vociferando, manoteando, luchando como pichones despertados por la primera luz del día y huérfanos un segundo del propicio calor del nido.

Tiene algo de beatífica su corteza, rubia como el cabello del nazareno, y de inocente su miga, blanca como la túnica del señor.

Cuando de la calle entra en los canastos del reparto, entra con él la fe alentadora en los padres y la alegría en los niños que desde rato le esperan impacientes.

Símbolo de la recompensa ansiada por el hombre que sólo aspira a trabajar y vivir, soporta impasible la maldad que lo niega en los hogares que más lo necesitan y lo amontona en los que menos lo precisan. ¡Pan injusto que no visita la casa del obrero que lo reclama para sus hijos y se precipita en la del poderoso que lo desprecia y malgasta! ¡Pan inocente que sufre el peso de la desigualdad! ¡Pan bondadoso que no ahoga al que lo arrebata de las manos del hambriento y no revienta los vientres de los perversos que le devoran en la rica mesa costeada por el sudor de los desventurados! ¡Pan de todos que no se queja de llegar humeante a unos y hecho piedra a otros! ¡Pan que amasa el desdichado, cuánto bien causas en las almas buenas cuando llegas oloroso, rubio y expresivamente resignado al sacrificio, en la mañana de sol, o de lluvia, o de frío, o de tristeza o de felicidad! Bendícete la madre que te degüella con el cuchillo filoso; sonríete el niño que te devora; rézate interiormente el padre que te estrangula antes de partir y te clava sus dientes formidables.

Y tú, sabedor de la felicidad que significas, oreas tu panza rubia sobre la mesa del comedor y miras el techo, las paredes, tus verdugos, ocultando con el rubio de tu tez el blanco inocente de tu miga, mientras los chicos te acarician ansiosos y sobre la piedra de afilar rechina el cuchillo que hará de guillotina.

Y pagas con la vida, tú también la generosidad de darte al bienestar de los hombres.

F. Defilippis Novoa

Sentimiento de la arquitectura

Creo que muchos de los viajeros, colocados frente a los monumentos más ensalzados del arte antiguo, ponen un cuidado celoso en ocultar sus primeras impresiones de desencanto, sobre todo en lo que se refiere a la arquitectura. Sin embargo, el mismo Taine no ocultó su perplejidad en su primera visita a los frescos de Rafael, en las "Logge" del Vaticano.

En general, estos espectáculos del arte antiguo sobreviven mejor y asumen proporciones gigantescas solamente en los desvanes de la memoria; allí se borra este primer sentimiento de malestar al encontrarse ante obras que inspiran algunas ideas entre muchos asombros, y ante las cuales no se sabe, en realidad, de qué maravillarse, de se ir un camino ya trazado por el artista, de discernir los materiales ordinarios y perecederos de los cuales se ha hecho una cosa divina, c solamente las proporciones y el asunto de la obra

¿Qué es, en efecto, la Misa de Bolzena, sino una decoración alrededor de una ventana?

La arquitectura contemporánea ha perdido mucho de las cualidades que hacían de la arquitectura antigua la hermana de las otras artes: ella necesita espacios inmensos para sus perspectivas que no tienen más secretos; y donde el espacio le falta, ella muere

Al contrario, la arquitectura antigua vivía de falta de espacio; su primer carácter era la avaricia, como un temor de atreverse, y se experimenta más asombro ante las arquitecturas que Michelangelo ha dejado en Roma, sobre un terreno dominado portemas clásicos, como sobre el Capitolio, que ante las audacias del Borromini.

Es probable que con Michelangelo terminó el período religioso de la humanidad; si poco después de él comienza la arquitectura de los jesuítas, con sus falsas cúpulas y sus falsas columnas. Desde entonce la humanidad se ha hecho hipócrita: los templos y los palacios han tenido la ambición de significar más de lo que decían; se han agregado a la arquitectura motivos ocultos de inspiración moralizadora, que el arte antiguo, nacido para expresar el lujo, la calma y los placeres elevados de la gracia y de la contemplación, no conocía. El arte ha permanecido, es verdad, sobre todo religioso; pero las imágenes arrojadas de las iglesias nórdicas por la Reforma, se refugiaron en las plazas y las iglesias del Mediodía; y allí, donde los antiguos encontraban algo de divino en las imágenes de sus mujeres y de sus amigos, los nuevos santos gigantescos llevaron sobre su rostro una especie de horror de la humanidad.

Como la Iglesia, las otras potencias se pusieron en estado de defensa; y la arquitectura, multiplicó los símbolos de sus decoraciones, y el lujo degeneró en ellas en una pomposidad advenediza. Hoy todos sus ornamentos parecen ociosos y retóricos, y la riqueza de sus materiales ofensivas.

Puede ser que volviendo a la geometría elemental de la colmena, la arquitectura adquiera el último sentimiento de lo patético que la humanidad conserva todavía de su trabajo y de su vida en común.

Corrado ALVARO

"La grande donatrice"

No creo que me ciegue el afecto desmesurado de mi corazón para mi nación, si afirmo que no sólo ningunana injusticia ella jamás cometió hacia las otras y ningún mal ha nunca creado más allá de sus confines, sino que al contrario, ninguna nación dió al mundo tantos dones liberalmente, generosamente, regalamente como Italia.

Después de haber dado almundo dos imperios, los solos verdaderamente dignos de este nombre que recuerde la Historia, porque inspirados en ideas substanciales e idealmente redentoras, el Imperio Romano y el Catolicismo, Italia se recogió en la fuerza espiritual de su genio y a falta de autoridad política, quiso proclamar su poder en resistir y su derecho de existir por medio del ejercicio de las más luminosas energías intelectuales. Y dió, todavía al mundo, arte y poesía, ciencia y pensamiento, y creó como modelos humanos en la renovada sociedad, el santo y el caudillo, el artista y el político, el pontífice y el diplomático, el aventurero y el conspirador, el navegante y el humanista.

Y, sin embargo, no hay casi estirpe sobre la tierra que en Italia no haya venido a llevarse algo, a invadir un pedazo, a traerle un daño. Toda nuestra historia fué por quince siglos hecha de invasiones y de dominaciones, de rapiñas y de saqueos, de guerras y de estragos, de devastaciones y de opresiones, de patíbulos y de destierros, y no hay estirpe que no haya tenido o tenga, algún, más o menos, grande pedazo de mi patria.

Nada de esto hizo Italia a los otros, porque ella fué siempre fiel a la justicia y siempre entendió su misión como un don para prodigar a los hombres. Si hoy sueña un imperio, no es un dominio animado por espíritu de conquista o por mercantil materialismo, pero una vez más apóstol por el mundo de una nueva palabra de redención. Ya que ella, cuando ya nada tenía que dar a la tierra habitada, creó un nuevo tipo de sus hijos, cual quiso su suerte por un siglo entero, y el italiano fué el emigrante, aquel que con desilusionada humildad, pero con fe tenaz, lleva al suelo de otros su fecundo trabajo. Por lo cual no hay en el mundo obra grande civil tal que haga más útil una tierra, a la cual el obrero italiano no haya dado sangre y sudor.

De este don italiano la Argentina está ciertamente entre los estados que recibieron la mayor parte, tanto más que a ella con el obrero llegó desde Italia también el profesional, el intelectual. La Argentina ha sabido después desenvolver maravillosamente sus espíritus nacionales y crearse una propia personalidad rica y moderna. Por esto Italia y Argentina están ligadas por una fraternidad indestructible, porque la más antigua nación de Europa y la más joven de América están abrazadas, no sólo por la común latinidad, sino también por esta consagración de fatiga y de civilización por la cual en común hicieron fructífero un entero gran Estado.

Y en este triunfo que los Italianos y los Argentinos lograron para beneficio de todos los hombres contra la estéril y salvaje indiferencia de la Naturaleza, consiste la más generosa levadura para un ideal del futuro.

Emilio BOCHERR

En el orden moral, la causa de nuestros males no está en la ignorancia de nuestros deberes, sino en que no los creamos falsos, echando a un lado lo que debira ser el deber por excelencia.

León TOLSTOI.

La Reina Muáa

La reina Tuáa, fué la madre de un faraón que reinó 67 años y a quien la historia atribuye una época extraordinaria de conquistas y progresos no sólo políticos y económicos, sino artísticos y literarios. Es de entonces el poema de Pentaur, tal vez el primero, por sus bellezas, escrito por el hombre. Los templos alcanzaron una suntuosidad maravillosa; la fama de Tebas, con su millón de habitantes, se extendía desde el Ponto Euxino a Gades, desde Dodona a Susa, heraldos de ella los fenicios y sirios para quienes el Mediterráneo era un largo casero y el camino de Tanis y Mageddo al Eufrates una calle real. Nunca, el Egipcio, sin faltar a sus tradiciones milenarias, fué más próspero y feliz, ni su genio se manifestó más alado. El siglo de Sesostris fué el siglo de oro de la civilización del Nilo, una, de las tres creadoras de los tiempos antiguos. Los museos de Europa están atestados de cosas de aquel pueblo inteligente, consagrada de las actividades superiores del hombre durante 4500 años y lino fecundo en donde germinaron todos los granos de la facundia humana que tan exquisito fruto darían en Grecia y Roma.

Delante de las vitrinas súmese uno, en las profundidades de los tiempos y evoca emocionado, el obrero, el taller, el almacén, la fiesta, la mansión del poderoso, la habilidad incomparable del escriba y del escultor, pues que allí está la obra perfecta que tocaron sus manos 30, 40, 50, 60 siglos antes y vaga por un país de magnanimidad y grandeza donde todo estaba previsto para sobrevenir a la acción fatal del tiempo.

Mis ojos se dtuvieron delante de una estatua de tamaño natural, en granito rosa, tan delicada por sus formas que casi podía atribuirse a un escultor griego de siglo VI. Sin embargo, hecha 1300 años antes de Cristo, su construcción había sido ordenada por Ramses II, acto de amor filial que tanto engrandece a aquel soberano.

Es un retrato. Fué encargado, no me cabe duda, al mejor artista de Tebas; al decir de Tebas, capital entonces del mundo, digo del orbe. La estatua de la reina Tuáa, es un feliz esfuerzo para romper con los cánones tradicionales de la escultura egipcia, severa, pesada, rígida, colosal, enigmática y un tanto deforme como temiendo a la indiscreta sensación del desnudo, aunque se cuidaban poco de cubrirlo.

¿Hubo tolerancia, hubo genio? Ambas cosas probablemente. No podía, un faraón de espíritu refinado como Sesóstris, ser extraño a la belleza; mucho menos, oponerse a que resplandeciera en su propia madre. Quizá ordenara hacerla hermosa. Si bien aquella piedra no ofrece la flexibilidad ni se advierte el movimiento que ocho siglos después habría de admirarse en los mármoles griegos; si bien el pie es todavía desproporcionado y un poco vacía le región subcostal, en cambio, la expresión es inteligencia, es juventud, es bondad, es belleza. ¿Quién osaría pedir más vida a aquellos ojos ya no dirigidos al infinito, sino, llenos de nobleza dirigidos a los vuestros profundamente sinceros, como si por ellos pasara toda el alma de aquel pueblo que enseñó a mar? La frente pierde su chatura, los pómulos sus eminencias etiópicas, la nariz su patinirrismo, los labios su espesor, el mentón su brevedad, las orejas su carnosidad para darnos una cara como la de Minerva Atenea. Ya no estamos delante de un ídolo sino de una divinidad; pero humana. Los brazos, los dedos, los pechos son trozos de belleza femenina, que el artista supo escoger con singular acierto entre las beldades traídas, tal vez de la Lidia o de la Tarcia, por los traficantes fenicios. Confieso que durante algunos años echó en mí raíces profundas la curiosidad de saber quiénes podían ser los precursores de la escultura griega. ¿Ellos mismos? En niguna parte hay rastros reveladores de que así fuese, a pesar de todo lo que podríamos suponer del período miceneano. Grecia es en la Historia, una explosión repentina del genio de una raza sin antecedentes. Por poco que se escarbe, se advierte un pasado en el que los egipcios han sembrado durante miles de años los elementos de su civilización por todas las costas del Mediterráneo y del Euxino y al Nilo, fueron desde remotísimos tiempos, viajeros de todos los poíses, especialmente de Egeo a aprender en sus talleres y sus templos. De ahí que, despues de una victoria conmocional como la que tuvieron sobre Jerjes y Mardonio, se entregaran a esa obra intensa de asimilación y perfeccionamiento, que asumió en el olvidado a cuanto esfuerzo se había hecho para elevar al hombre. Merced a su espíritu no gastado y a la extraordinaria capacidad imaginativa y razonadora de la raza de que descendían, guiados por un sentido de belleza educado en la naturaleza misma.

La estatua de la reina Tuáa marca uno de los períodos más luminosos, tal vez una crisis revolucionaria de la estatuaria en su larga evolución progresiva desde el coloso de Kefren a la Venus de Milo.

Víctor MERCANTE



GARIBALDI Y VICTOR MANUEL II

Latinidad

La esencia del espíritu latino, llegado a su completa madurez, es la soberana calma y claridad mental, la tranquila limpidez que mira y juzga el mundo como es, que se detiene en lo que ve y rehusa asegurar lo que no ve y no puede saber. Invenciblemente rebelde a la "elatio gestiens" a los impulsos y a los arrebatos que no pueden dar plena cuenta de sí a la razón, a los abandonos del pensamiento a obscuras, fantaseadas, no controladas posibilidades, ella constituye la antítesis directa de todo misticismo, más aún de toda religiosidad. Las ideas que los "vates", los sacerdotes y los teólogos destilan en las mentes son sueños y locuras:

> Quippe etenim quam multa
> tibi iam fingere possun Somnia!...
> (Lucrecio, I. 104).

y la antiromanidad es precisamente la creencia efervescente, fanática, exclamante y gesticulante propia de la mentalidad palestiniana:

> ...Credat Judeam Apella
> Non ego.
> (Horacio, Serm. I, V, 100)

A pesar de que muchos persistan en querer considerar al catolicismo como una institución que ha incorporado y continuado la romanidad, por el hecho de haberse apropiado algunos elementos exteriores de ella, la verdad es, en cambio, que el cristianismo, en general, es lo que hay de más opuesto a la esencia del espíritu latino. Y lo mismo puede decirse de la metafísica. Ella es, tanto como la religiosidad, profundamente repugnante a la mente romana. La única exposición completa (y acompañada de entera adhesión) que tenemos en latín de un sistema filosófico, es de un sistema materialista y sensitivo, proclamando que sólo la sensación nos da el conocimiento y que sólo fundándonos en ella y partiendo de ella podemos inducir alguna cosa acerca de lo que no se ve y no se toca:

> ...cui nisi prima fides funda-
> [ta valebit,
> Haut erit occultis de rebus quo re-
> [ferentes
> Confirmare animi quisquam ratione
> [ueamus.
> (Lucrecio. I, 423).

No me atrevería a decir que toda la latinidad europea sea fiel a esta verdadera esencia del espíritu latino. Las convulsiones psíquicas producidash de un lado por la guerra, del otro por la filosofía idealista, obscurecen aún más la mente de mumuchos, también y sobre todo entre los jóvenes. La antiromana "elatio gestiens' religiosa y mística tiene agitados numerosos espíritu. La locura filosófica idealista que da por pacífica la inexistencia de la materia, porque se puede demostrar con un silogismo tan correcto como aquel con el cual don Ferrante (1) probaba que el contagio proviene de los astros, impide a muchos ver que, también después de Kant, más aún fundándose precisamente sobre Kant (2), rige la educación: mente sana, positivismo materialista. Y tal mente sana es sinónimo de mente latina.

Puede ocurrir — y me parece que ya hay signos — que la latinidad americana se modele con más decisión y vigor según la verdadera esencia del espíritu latino. Si esto sucede será el "nuevo mundo" quien habrá en verdad renovado integralmente y resucitado la mente de Roma.

(1) Personaje típicamente humorístico de "Los novios", de Alejandro Manzoni. (N. d. R.).

(2) Véase: Giuseppe Rensi: Realismo (Milano, Unitas 1925); y Der Kritische Materialismus (Erlangen: 1926).

Giuseppe RENSI



El secreto de la casa de los eucaliptus

(CUENTO)

"Hace catorce anos "La Prensa" abrió un concurso literario, como lo hace todos los años; pero entonces el premio fué muy elevado, $ 2.000, lo que estimuló una enorme producción de cuentos.

"Yo—que detesto los concursos—concurrí con uno: "El secreto de la casa de los eucaliptus". Si no recuerdo mal se distribuyeron cinco premios y siete menciones honoríficas. Mi cuento se quedó en el canasto.

"Poco después, releyéndolo, me paeció que había en él material para una novela, y me puse al trabajo ampliando los incidentes y ahondando la psicología de los personajes.

"Por ese tiempo se anunció el concurso del Ateneo Nacional, con un premio muy estimulante también, 10.000, y yo, sin gran fe en mis éxitos, y sólo por que tenía hecha la novela, concurrí a él.

"Vd. sabe el resultado que acaba de comunicárseme oficialmente.

"La casa de los cuervos", es con leves variantes "El secreto de la casa de los eucaliptus", concentrando su argumento.

"Como Vd. ve es una injusticia reirse de aquel coronel que cuando no alcanzaba un cañonazo, mandaba tirar otro."

(De la carta que el autor adjunta a este cuento, autorizando a referir la historia que a él se asocia.)

I

Doña Carmen de Borja guardaba de la noche en que los revolucionarios mataron a su hijo Carmelo, teniente de milicias en Santa Fe un sombrío recuerdo.

Era viuda y vivía con Laura, su única hija, en "la casa de los eucaliutus", como llamaban a su estancia, a ocho leguas de la ciudad, sobre el arroyo "Leyes", rodeada de oscuros eucaliptus, que en las noches de viento gemían como almas en pena.

Carmelo Borja, su hijo, recién ascendido a teniente por el gobernador Bayo, había estado en ella el día anterior. Corrían rumores de revolución y el joven los relataba con gusto, para lucir su valor ante su madre acongojada.

Al mediodía se despidió de ella y de Laura, y volvió a la ciudad, a caballo, con su asistente, siguiendo el ancho camino polvoroso, que llevaba a Santa Rosa, foco de las revoluciones.

No tuvieron ningún mal encuentro. Era invierno y la ruta esta solitaria, aún en las cercanías del pueblo.

Pero esa noche, como a las once, el teniente Borja que volvía de una tertulia, al cruzar la plaza de Mayo para ir a la policía donde él vivía, topó con un pelotón de jinetes que desembocaron al galope, de la obscura calle transversal.

—¡Quién vive!—gritó el teniente sacando su revólver.

—¡La revolución! — le contestó el que mandaba la tropa; y como en aquellos tiempos eran muchos los revolucionarios por sport, sintió sin duda la necesidad de completar la respuesta, y añadió:

—¡El capitán Insúa!

Sonaron varios tiros, que dieron el alerta.

La guardia de la policía, que dormía con el arma al brazo, parapetada detrás de las gruesas columnas del cabildo, rechazó sin grave esfuerzo a los asaltantes, cuyo propósito de sorprenderla dormida se había frustrado, y que una hora más tarde, regresaban derrotados por el camino de Santa Rosa.

Sobre la gramilla verde de la plaza de Mayo, con la luz de un farol, hallaron esa noche tres muertos y en medio de la calle, encontraron al teniente Borja herido de un balazo por el capitán Insúa.

La herida era grave, y él, que comprendió que se moría, pidió que avisaran a su madre, para morir al lado de ella.

Cuando el chasque llegó a "la casa de los eucaliptus", eran las cuatro de la madrugada. Ladráronle los perros y al ruído se despertó doña Carmen y llamó a Laura.

—Alguienllega del pueblo — le dijo—malas noticias, sin duda.

Oyeron la voz del capataz, que desde afuera anunciaba al chasque. Laura se abrazó a su madre y se echó a llorar, y ambas escucharon el relato de lo sucedido.

—¿No ha muerto, entonces?

Mandaron atar la volanta de tres caballos, y un rato después, obscuro aún, doña Carmen y Laura, acompañadas del capataz y de Magdalena, su mujer, que había criado a Carmelo y lloraba como una criatura sabiéndolo herido, se pusieron en marcha a la ciudad.

El camino era recto y parecía una cinta blanca, a la luz indecisa de las estrellas. Los gallos cantaban al alba fría que se anunciaba, y la madre no podía dejar de oir, aunque ya lejos, el rumor acongojado del viento en las copas de los eucaliptus que rodeaban la casa.

Llegó a tiempo para hablar con su hijo, que murió como a las once, y al día siguiente, ambas mujeres desoladas volvieron a "la casa de los eucaliptus", resuelta a madre a confinarse en ella, para llorar mejor al muerto.

Laura tenía veinte años y era de una magnífica hermosura. Su madre había deseado casarla, para no sacrificar su juventud y quizás con el vago deseo de que los nietos repararan un día el inmenso hueco que había dejado en su corazón la muerte de su hijo.

La más caracterizada figura de caudillo revolucionario en esa época, era de Ventura Insúa, que usaba el grado de capitán, con que años antes le agraciara un gobernador en la guardia nacional.

Gozaba por su valor y su fortuna en campos y haciendas, de un ilimitado prestigio en todo el norte de la provincia, principalmente en la costa, donde en un día a una voz, reclutaba 500 jinetes criollos o indios, que lanzaban como un torbellino sobre la ciudad abierta, sin más propósito que mantener en constante alarma a los gobernadores enemigos.

A los treinta y cinco años, en el apogeo de su fama, fuerte y bello, acostumbrado a salir ileso de todas las sangrientas algaradas estuvo a punto de morir en una de sus efímeras revoluciones.

Había entrado en la ciudad hacial a media noche, y fué su ataque tan inesperado y violento que poco faltó para que se adueñara de la policía y apresara al gobernador en su casa. Pero su tropas esa vez eran escasas, y aunque se batieron con un soberbio desprecio de la vida, al alba tuvieron que abandonar la ciudad, perseguidas por un piquete de soldados a caballo.

Ventura Insúa huyó de los últimos. Montaba un caballo admirable y famoso, pero cansado ya por el combate, y sus perseguidores no habrían tardado en apoderarse del caudillo, si éste, que conocía los escondrijos de las orillas del "Leyes", no hubiera aprovechado las últimas sombras de la noche, para esconderse entre las pajas altas y tupidas que allí crecían.

Cuando fué día claro, los soldados del gobernador debían estar lejos, porque sin el rumor de los pájaros en las cañas, y el grito de los patos que pasaban, siguiendo el curso del arroyo, el silencio habría sido absoluto.

En aquellas vecindades no había ni gentes ni haciendas. Eran campos abiertos, de grandes propietarios, mal poblados, con estancias aisladas, a pesar de que la ciudad no quedaba a más de cinco leguas.

En la refriega, el capitán Insúa fué herido en el pecho de un balazo, y aunque su herida no era mortal, comenzaba a temblar de fiebre, y sentía que si no lo curaban, podía morir allí, echado en la tierra pantanosa, sobre algunos cojinillos, junto a su caballo, que permanecía quieto, amujando las orejas a cada ruído sospechoso.

Todo el día lo pasó así, devorado por la sed. Sentía la bala hacia el hombro izquierdo, como una quemadura. Al entrar la noche, resuelto a desafiar todo peligro, monto a caballo con un esfuerzo doloroso, para llegar hasta el riacho. Bebió echado de bruces el agua turbia por la greda, y parecióle que su fiebre disminuía.

La soledad del paraje le dió ánimos para seguir costeando el arroyo hacia el norte, en busca de un vado para tomar el camino de Santa Rosa, o esconderse en una de las isletas, de sauces, como un paisabre se hizo tan violenta, que se sinno matrero.

Así anduvo dos horas, pero la fietió al fin de sus fuerzas.

El ladrido de un perro anuncióle una casa o una estancia cercana, y arriesgándose a todo, trató de llegarse a ella.

Cuando estuvo cerca reconoció el paisaje en el bosque que de sombríos eucaliptus que rodeaban la estancia.

Lo noche era límpida, sin viento y sin estrellas; la luna estaba por salir, y parecía una aurora, tan intenso era el resplandor que la precedía.

El capitán Insúa conocía la casa, aunque no sus dueños, y le tembló el corazón acordándose de la muerte del teniente Borja. Pero sintió que iba a morir si pasaba una noche más a campo, y como allí podían ignorar los detalles de aquel suceso que ahora le remordía, llegó sin vacilar hasta la tranquera y llamó a gritos, que provocaron la furia de los perros.

Eran como las diez y las gentes dormían, pero Insúa oyó abrirse una puerta y poco después entró a caballo, guiado por el capataz, que, por lo extraordinario del caso, despertó a doña Carmen de Borja.

—El capitán Insúa? — dijo ella con un ligero temblor en la voz, que no advirtió el capataz.

—Pide permiso para pasar la noche—explicó éste.— Se encuentra herido y con fiebre.

Abrióse la puerta ante la cual se cambiaban aquellas palabras.

Laura encendió la luz y el capitán Insúa entró en el gran comedor, casi desnudo de muebles y adornos, donde las damas lo aguardaban.

No fué cordial el saludo; un misterioso resentimiento envolvía los gestos de la dueña de casa, y su hija, cohibida por lo inesperado de la visita, no se mostró más amable.

La luna había salido, pero la noche pareció obscurecerse repentinamente, porque la masa negra de los eucaliptus, proyectó una sombra densa sobre toda la casa.

III

Durante cuarenta días que duró, con desesperantes alternativas, la enfermedad del capitán Insúa, "la casa de los eucaliptus" apareció más clausurada y misteriosa que nunca.

El gobierno habría pagado a peso de oro al que apresara al caudillo revolucionario, pero nadie sospechó donde se alojaba, y llegó a creerse que se había ahogado, vadeando el arroyo.

Doña Carmen de Borja no se acercaba nunca a su huésped. Disponía las cosas con una obsequiosa hospitalidad, y dejaba que Magdalena, la mujer del capataz, y aún Laura lo atendieran.

Una tarde, en el verano que ardía ya sobre los campos, el capitán Insúa escuchaba un relato de Magdalena, en la galería del este, desde donde se divisaba el riacho, por una calle abierta entre las resecas totoras de la margen.

Laura sentada allí cerca, escuchaba también, con el corazón oprimido por una inexplicable angustia, porque lo que relataba la mujer era la muerte de su hermano.

—Yo lo crié — decía Magdalena —y fué todo mi cariño; lo recibí de meses, el mismo día en que se murió el único hijo que he tenido y que era de su edad. El cambio me consoló de perder el mío. Ah! señor capitán; qué mal alma tuvo aquel que lo mató! Mi señora doña Carmen, que habló con el niño Carmelo, poco antes de morir, debe saber el nombre del asesino, y nunca nos lo ha dicho.

Insúa se había puesto intensamente pálido; la mujer que contaba aquellas cosas, tenía los ojos bajos, llenos de lágrimas, y no lo vió; pero Laura, a quien había intrigado siempre aquel misterio, sintió un agudo dolor en el alma, pues adivinó en el gesto del hombre que palidecía, la página sangrienta de aquella vida.

—Oh, Dios mío!—exclamó apretándose el corazón.

Magdalena se levantó, llamada por la señora, y el capitán Insúa que oyó el suspiro de la joven, se le acercó.

—Laura! qué tiene?

Días antes, él, ganado poco a poco, por la suave y serena belleza de ella, le confesó que la amaba, y ella, simple en sus actos y en sus pensamientos, le declaró lo mismo, con toda la vehemencia de su alma virgen. Convinieron en que él la pediría a su madre una vez que estuviera fuerte y pudiera irse, y que cuando se casaran, renunciaría él a sus locuras revolucionarias.

El único temor que asaltaba al capitán Insúa era de que algún día, la noticia de que él mató al hermano de Laura, pudiera destruir aquel amor que era ya toda su dicha.

Alguna vez sospechó que la madre lo sabía y esquivaba su compañía; pero la hospitalidad y el afecto de que lo rodeaba deshizo sus temores y lo confirmó en el propósito de guardar su terrible secreto

Esa noche Laura pensó que la muerte sería menos triste que su vida. Qué iba a hacer ahora que tenía la intuición de que la sangre de su hermano lo separaba como un río del hombre que era su dueño?

Su amor triunfó y también a ella le impuso el secreto. Si lograba esconder en el fondo de su conciencia aquel descubrimiento que había revelado a sus ojos con una luz despiadada la vida de él, y lo ocultaba de tal manera que ni él llegara a saber que ella sabía, ni su madre sospechara quién fué el que mató al hijo que lloraba, ¿por qué no había de poder amarle aun y ser su esposa?

En su alma sencilla, el problema quedó resuelto, y al día siguiente, como si tuviese temores de que sus ilusiones pudieran destruirse, rogó a su novio que hablara con su madre.

El capitán Insúa, que había pasado también una noche de angustias, temblando por su secreto, comprendió entonces que Laura nada había sospechado, y habló con la madre.

Y doña Carmen de Borja tuvo a su vez que asumir los latidos tumultuosos de su corazón, que protestaba contra aquel amor imposible que le evocaba la escena en que su hijo ensangrentado y moribundo le contó cómo había hallado la muerte.

Pero se jugaba la dicha de su hija, a la que no podía condenar a compartir su sombría soledad, y puesto que aquel secreto era suyo sólo, y podía guardarlo para siempre, pues el mismo matador parecía ignorar el nombre de su víctima, ahogó su venganza y otorgó el permiso.

VI

Los tres, defendiendo el mismo secreto, quedaron así atados al recuerdo del muerto, y "La casa de los eucaliptus" pareció tornarse más misteriosa, entre la oscura faja de árboles que gemían al viento.

A veces en las tardes serenas, los tres se reunían a conversar en la galería que daba hacia el riacho, pero cruzaban algunas palabras y se quedaban callados, sin que ninguno de ellos lograra explicarse aquellos inevitables silencios.

Sólo Magdalena, la criada, como un perro fiel, rondando el misterio parecía olfatearlo, y sus ojos enconados por la tristeza declaraban a todas horas, a los tres tácitos cómplices, que si ella hubiera sabido, nunca habría perdonado.

G. MARTINEZ ZUVIRIA
(Hugo Wast)

CONVERGENCIA

Conozco tu mejor alegría,
Conozco tu más clara visión;
Yo sé donde juntan sus rosas
Tu corazón y mi corazón.

¿No es en la vida del hijo amado
Donde solemos reir mejor?
¡En el capullo de su alma blanca
Nuestra alegría saluda al sol!

Conozco tu más grave quiemera,
Conozco tu estrellita de fe;
Miramos hacia el mismo destino
Con el mismo cuidado fiel...

¿No es en la vida del hijo amado
Que el porvenir va a florecer?
¡Ante ese horizonte quedamos gra-
[ves
Y un tanto cavilosos, tal vez!

El Meridiano del Amor

Al despedirme de los Argentinos y de los Italianos, igualmente inolvidables para mi conmovida gratitud, después del ciclo de conferencias científicas de septiembre-octubre del 24 en la Universidad de La Plata y en Buenos Aires, tal vez me acaeció de significar con algún parangón figurado, las simpáticas profundas impresiones de mi breve estada allí. Se sabe que hasta el cultor de disciplinas positivas, para describir brevemente, está obligado alguna vez a simbolizar y a pasar por un presuntuoso en poesía y en retórica.

En la Capital bonaerense, en presencia de las firmes obras admirables (Edificios, Institutos de cultura y de caridad, Compañías, Círculos, Empresas, etc.), construídas y erguidas y vibrantes bajo el conmovido sentimiento de mis connacionales hacia la Madre lejana, me acordaba de una particular noción de mi ciencia: "la ley de la avalancha", según la cual una acción de sensibilidad o de movimiento tanto más se exalta cuanto de más lejos parte el estímulo generador. ¡Oh!, me decía, los italianos en este ambiente amigo prueban que el hallazgo del fisiólogo tiene también confirmación en el dinamismo de las fuerzas espirituales; la "ley de la avalancha" es aplicable también al amor ideal y santo de la patria.

Y descubriendo por cien signos el cariño de convivencia entre la masa de los trabajadores hermanos míos y la gran República latina, tal vez tuve deseos de decir que "el océano entre la Argentina e Italia se había estrechado". No sólo estrechado por la velocidad de las naves, que, verdaderamente, como aquellas fabulosas de la dulce Nausicaa, corren ahora "como águilas veloces, como el pensamiento"; no solamente por el relámpago de los mensajes eléctricos, submarinos y aéreos; sino también por las múltiples corrientes de afecto que existen continuamente entre las dos naciones consanguíneas. No hay en el mundo estación o puerto de tan imponente tráfico que esté atravesado por tantos despachos cotidianos cuantos son los que contracambian los corazones de los argentinos y de los italianos. Además, a intervalos, ondas de fraternidad con mayor ímpetu y volumen, casi de amorosa pasión, casi como ciclón benigno entre las dos remotas playas.

Ayer, a vuestro anuncio, de la ardua y majestuosa antena, que nuestros emigrados ofrecerán a los huéspedes, como respuesta del faro que su amor ya encendió sobre un cerro de Roma, otra imagen, una nueva expresión de férvido sentimiento se entrometió espontánea en el frío lenguaje del hombre de ciencia.

La antorcha argentina sobre el Janículo y la antorcha italiana sobre la ribera del Río de la Plata... ¿no son, pues, las dos estaciones de cabecera del tercer Telégrafo trasatlántico? Después el desmesurado sendero metálico, después del rayo dominado y silencioso de Marconi he aquí la nueva onda enérgica que alcanza a superar la inmensa curva terrestre; ¡he aquí la corriente directa de los corazones! !

Una vez más la tierra se ha empequeñecido. No solamente para el pensamiento del pesimista — para el cual "solamente la nada se acrecienta" — sino también para el sentimiento de la solidaridad humana, "el mundo está representado en pequeño papel". No será divertimiento infantil si nuestros hijos, de la Argentina y de Italia, en los atlas de las respectivas escuelas, entre la antena de Buenos Aires y el faro de Roma trazarán la convexa línea de una nueva longitud. Es el gran arco interemisférico de una amistad indisoluble. ¡Es el meridiano del amor!

M. L. PATRIZI



GARIBALDI

El Peregrino y el Depósito

Un viajero había resuelto marchar en peregrinación a la Meca, y quiso, antes de ponerse en camino, confiar todo su tesoro de oro y alhajas al Cadi. Se dirigió, pues, a su casa y le dijo: Soy un extranjero y deseo trasladarme a la Meca, para cumplir mi deber de peregrinaje; poseo una suma de dinero y alhajas que quisiera dejar en depósito en vuestra casa. Monseñor el Cadi, hasta mi vuelta, si Alá la permite.

El Cadi consintió apresuradamente, tomó el dinero y las alhajas, depositándolo todo en un cofre. El hombre se despidió de él, y tomando el camino de Alá, se fué a la peregrinación.

A su regreso se trasladó de inmediato a la casa del Cadi, y después de haberle deseado la paz y la salud, reclamó el depósito.

El Cadi se mostró sorprendido y le dijo: que él no entendía lo que quería decirle y que probablemente le había sobrevenido un reblandecimiento al cerebro. Después lo despachó bruscamente, y el hombre se fué con el corazón oprimido por el dolor, diciendo: No hay recursos y fuerzas sino en Alá el Todopoderoso.

Cuando apuntó el día siguiente, se encaminó a la casa del Vali, para presentar una queja y contarle su desgracia.

—¿Conoce el Cadi esta visita?— le preguntó el Vali.

—No—respondió el hombre.

—Bueno; vete ahora, y mañana vuelve a casa del Cadi y reclama tu depósito en mi presencia, como si nada hubiera pasado.

El hombre besó la tierra entre sus manos y salió.

Al día siguiente, a la hora fijada, el Vali hizo llamar al Cadi y le dijo:

—He decidido ir a la Meca para cumplir mi deber de peregrino y he pensado confiar el país a un hombre sobre el cual pueda contar y sobre cuya felicidad no pueda abrigar ninguna duda. Como vuestra honradez y vuestra lealtad me son conocidas, he decidido confiaros el país entero y he resuelto convocar el Gran Consejo para anunciarle la nueva.

El Cadi, desbordante de alegría, agradeció efusivamente y con exageración; en el mismo instante el depositante de la víspera se presentó como por casualidad, saludó al Vali y volviéndose hacia el Cadi, le dijo:

—Monseñor, yo he dejado en vuestra casa un depósito consistente en oro y alhajas; os lo confié tal día...

Antes que el extranjero concluyera la frase, el Cadi le interrumpió diciendo:

—Sí, hijo mío, me acuerdo perfectamente; toma esta llave y en tal cofre encontrarás intacto su depósito.

El hombre toma la llave y luego la posesión de su tesoro, y se fué contentísimo agradeciendo a Alá.

Cuando la fecha fijada para la reunión del Gran Consejo pasó sin novedad, el Cadi fué a casa del Vali y le preguntó el por qué de su silencio.

—¡Oh Cadi! — respondió el Vali,—para arrancaros el depósito del peregrino extranjero, ha sido necesario confiaros el país entero. Ahora bien; si os lo confío de verdad ¿cómo nos arreglaremos para recuperarlo?

El Cadi comprendió entonces que el ofrecimiento había sido sólo una trampa y se marchó confundido y con la cabeza baja.

Felyne Verbist

Estaba puesta de arlequín, toda blanca, desde el bonete tringular hasta el zapatito que calzaba su pie diminuto. Era un raro arlequín femenino, con el ruedo del vestido a las rodillas, un raro arlequín de nieve, que reflejaba su imagen de ligera ilusión en el gran espejo del camarín. Y como tenues contrastes en esta blancura eran los labios finos, pintados de carmín, y los ojos azules.

El arlequín se sentó. La imagen del espejo se sentó. Juntas las manos en la falda, con una actitud suspensa, Felyne Verbist me escuchaba. Su gesto era ese mismo gentil que adopta en las danzas cuando la música para su ritmo un instante.

Pero ¿qué palabras abrirían sus labios de carmín? ¿Saldrían con la gracia misma de aquella silueta sutil? Recordé la desolación con que refiere el taciturno Maupassant la ruda disonancia que siempre halló, entre la fisonomía física de una mujer y la expresión de su alma. Al entrar yo, me había tendido la mano murmurando apenas el saludo.

Le dije todo lo que deseaba saber de ella para integrar o componer la idea que sugería su interpretación de las melodías aladas, la dulce mímica de su lindo rostro, la dócil finura con se pliega a la música su cuerpo. A propósito le dije cosas atrevidas:—"Si usted bailara desnuda, la impresión de su arte sería igualmente casta, como la pura belleza." Me escuchaba siempre con la misma actitud.—"Y ahora háblame, porque yo busco saber, para escribirlo, si su manera de bailar es una maravilla de ficción, o también expresa en parte las ideas de su alma."

Felyne Verbist volvió su cara hacia mí.

—"¡Sí, de mi alma!— exclamó. Pongo toda mi alma en ello. No podría bailar de otro modo; si no fuera así bailaría muy mal. ¿Sabe usted lo que yo siento cuando bailo? Es algo como una sensación dulce, una voluptuosidad ideal, una... escuche, escuche... es algo así..." No sabía cómo expresarse y quería, con una ingenuidad encantadora, que yo tuviera una noción exacta de los sentimientos que ella experimentaba danzando.

—"¡Ecoutez! écoutez!—repetía. C'est un plaisir divin. ¡Ah, divín!" Parecía una chica. El arlequín había desaparecido, los ojos azules brillaban. Hablaba casi en voz baja, con una dulzura atenuada y en un francés muy puro. Me dijo que era extremadamente buena, tan buena que no podía ver sufrir un animalito, y llena de sentimiento, toda sentimiento. Cuando hace la muerte del cisne cree que ella misma se está muriendo, y sufre mucho, y tiembla de miedo, se tiene una piedad infinita. Piensa: "Ahora voy a morir de verdad", y la melodía mortuoria le penetra con su música en todas las fibras, la hiela el corazón, la hace suspirar con una amargura tristísima.—"Créame usted. A veces, cuando la música se apaga y expresa el último instante del cisne, la muerte, y cae el telón, se me ocurre que ya no vivo y para que me levante tienen que gritarme.

Me contó esto con actitud muy seria y sentimental, y después me pidió que le preguntara cualquier cosa, agregando que me contestaría con sinceridad. Sin embargo, cuando le pregunté sobre amores, bajó los ojos y se sonrió, como diciendo: "¡Pero si estas cosas no se preguntan!" Al fin tomó su resolución una resolución de circunstancias: "No. ¿Usted cree que con la vida que llevo, estudiando siempre, durante todo el día, desde los doce años, podría ocuparme de otra cosa? En Bruselas ¿sabe usted cómo se me llama? "L'amour de la danse"; porque de mañana, de tarde, de noche, siempre estudiaba. Mi alma sentimental se absorbe toda en el arte, no vivo más que soñando en crear nuevos papeles, todo el idealismo mío está en el baile expresivo. Cuando se tiene en la cabeza un asunto de amor... quiero decir... me imagino que cuando una se pone a pensar en esas cosas, ya no puede pensar en otras. Si yo me enamorara, adiós mi arte. ¡El amor! ¿Qué es el omor?"

En esto vinieron a decirla que iba a levantarse el telón. Se oía la orquesta ensayar el motivo de "Les millions d'Arlequín". Y el raro arlequín de nieve se levantó, vaporoso, ligero, y se perdió corriendo, sutil como una figura de ilusión.

C. A. L.

VOLTA

Volta nunca había creido en la electricidad animal; pero leída la memoria de Galvani, pasó casi, como dice él mismo, de la incredulidad al fanatismo. La estupenda experiencia no dejaba duda. Sin embargo, sintió inmediatamente la necesidad de nuevas confirmaciones y, en algunos particulares, comenzó a disentir de Galvani. Y pocos meses después, describió a Martín Van Marúm, en una carta que debería ser grabada en bronce, el elemento de la pila a columna y de la corona de tazas, demostrando así, en la forma más convincente, la existencia de la electricidad de contacto.

Es verdad que en aquella carta continúa aún admitiendo la electricidad animal, pero no sabe si de aquel modo es posible demostrar su existencia: hace un puro acto de fe.

Luego la idea de la electricidad de contacto lo toma del todo. Hace experiencias sobre experiencias, con un entusiasmo inextinguible; refuta todas las objeciones sonriendo, e inventa la pila

Aún hoy, a un siglo de distancia de la muerte del Grande, sentimos vivísimas, como los contemporáneos, la maravilla de la invención. Ella nos parece aún a nosotros un milagro, pero un milagro de lógica y de genialidad. Vemos ahora, claramente, la unidad profunda de su pensamiento. Vemos que toda su vida científica precedente no es más que una preparación: la conquista gradual de todos los medios necesarios para la solución del problema de la pila. Resuelto el cual él abandona a los físicos el desarrollo. El grande esfuerzo de la creación está terminado, y Volta puede descansar.

Mario PANT

